Fatima Daas

La hija pequeña



Me llamo Fatima Daas. Soy la mazozia, la menor, la hija pequeña. Mi padre esperaba que yo fuera un chico. Soy francesa, de origen argelino. Musulmana practicante. Una chica de Clichy que pasa más de tres horas diarias en el transporte público. Una turista. Una chica de barrio que observa los comportamientos parisinos. Soy una mentirosa, una pecadora. De adolescente, soy una alumna inestable. De adulta, soy una superinadaptada. Escribo historias para evitar vivir la mía. He estado cuatro años de terapia. Es mi relación más larga. El amor era tabú en casa, las manifestaciones de ternura, la sexualidad también. Me creo partidaria del poliamor. Cuando Nina apareció en mi vida, no sabía en absoluto qué necesitaba ni lo que me faltaba. Me llamo Fatima Daas. Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam. Un nombre que no se puede ensuciar. En mi casa, ensuciar es deshonrar. No sé si soy digna de mi nombre.

Fatima Daas

La hija pequeña



Título original: *La Petite Dernière*
Fatima Daas, 2020
Traducción: Lydia Vázquez Jiménez, 2021

-

Revisión: 1.0
23/11/2021

Me llamo Fatima.

Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam. Es un nombre que hay que honrar.

Un nombre que no se puede «ensuciar», como se dice en mi casa.

En mi casa, ensuciar es deshonrar. *Uasej*, en árabe argelino.

Se dice *darya, darija* para decir dialecto.

Uasef ensuciar, mancillar, manchar.

Es como «acercarse» en español, es polisémico.

Mi madre utilizaba la misma palabra para reprocharme que me hubiera manchado la ropa, la misma palabra cuando, de vuelta a casa, encontraba su Reino desordenado.

Su Reino: la cocina.

El lugar donde no podíamos poner un pie ni echar una mano.

Mi madre odiaba que no se colocaran las cosas en su sitio.

Había códigos en la cocina, como en otros lugares, y había que conocerlos, respetarlos, seguirlos.

Si no éramos capaces de hacerlo, debíamos mantenernos alejados del Reino.

Entre las frases que mi madre repetía a menudo, estaba esta:

Makench li ghauen fi hadi dar, izzedolek.

Aquello sonaba a frase hecha en mis oídos.

«En esta casa no hay nadie para ayudarte, pero para darte más trabajo, sí».

A menudo yo le soltaba esta otra frase mientras removía los dedos de los pies en mis calcetines.

—Si necesitas ayuda, dímelo, no soy pitonisa, no puedo adivinarlo.

A lo cual mi madre contestaba sin pestañear que no necesitaba «nuestra» ayuda. Insistía mucho al decir «nuestra», una manera de hacer colectivo el reproche, de evitar que yo me lo tomara como una cuestión personal, que me sintiera ofendida.

Mi madre empezó a cocinar a los catorce años.

Primero, cosas que ella denomina *sahlim* fáciles.

Cuscús, *shakshuka, douez* tayines de cordero con ciruelas pasas, tayines de pollo con aceitunas.

A los catorce años, yo no sabía hacerme la cama.

A los veinte años, no sabía planchar una camisa. A los veintiocho años, no sabía hacer pasta con mantequilla.

No me gustaba estar en la cocina, salvo para comer.

Me gustaba comer, pero no cualquier cosa.

Mi madre cocinaba para toda la familia.

Elaboraba menús en función de nuestros caprichos. Si me daba por rechazar la carne, me ponía pescado; mi padre no podía pasar sin pescado, así que se lo encontraba en el plato. Si Dunia, mi hermana mayor, quería patatas fritas en lugar de una comida tradicional, también lo conseguía.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo a mi madre en la cocina, con las manos estropeadas por el frío, las mejillas hundidas, dibujando un hombrecillo con el kétchup sobre mis espaguetis, decorando el postre, preparando el té, guardando las sartenes en el horno.

Conservo una sola imagen: nuestros pies debajo de la mesa y la cabeza pegada al plato.

Mi madre en los fogones, la última en sentarse.

El Reino de Kamar Daas no era mi espacio.

Me llamo Fatima Daas.

Mi nombre es el de una muchacha de Clichy que tiene que cruzar la vía de circunvalación parisina para proseguir sus estudios.

En la estación de Le Raincy-Villemomble agarro el periódico gratuito *Direct Matin* antes de coger el tren de las ocho y treinta y tres. Me chupo el dedo para pasar bien las páginas. En la página 31, un gran titular: Relajarse.

Debajo del pronóstico del tiempo encuentro mi horóscopo del día y de la semana.

> *Si quieres poder soportar la vida, debes estar dispuesto a aceptar la muerte* (Sigmund Freud).

> Tu clima astral: *No te desmoralices si no puedes ayudara todos los que te lo piden, ¡piensa en ti! Reflexiona antes de lanzarte a proyectos de gran envergadura, no confundas tu optimismo con tus fuerzas*.

> TRABAJO: *Tendrás que tomar decisiones enérgicas. Tu realismo será hoy tu mejor baza*.
>
> AMOR: *Si tienes pareja, ten cuidado y no la desanimes con exigencias excesivas. Si estás sola, puedes soñar con el príncipe azul pero no esperes encontrártelo a la vuelta de la esquina*.

A continuación, recorro las desdichas del mundo intentando renunciar al deseo de observar a las personas que van en el tren.

No pasa ni un solo día sin que los pasajeros se nieguen a avanzar por los pasillos. Por la mañana, repito la misma fórmula nada mágica: «¿Pueden avanzar, por favor? Hay gente que querría llegar a tiempo al trabajo, como ustedes».

Al final del día, cambio de tono.

Suprimo adrede las fórmulas de cortesía.

Esos pasajeros que se quedan parados bloqueando los pasillos son los mismos que se preparan para bajar en las dos estaciones siguientes: Bondy o Noisy-le-Sec.

Su truco: quedarse pegados a las puertas de salida para que no se les pase la parada.

En el autobús, me ocupo de que la mujer con un hijo, la mujer embarazada, la mujer mayor tengan asiento.

Solo me preocupo por las mujeres.

Me siento obligada a hacer de justiciera, a defender a las demás, hablar en su lugar, ser portadora de sus palabras, tranquilizarlas, salvarlas.

No he salvado a nadie, ni a Nina ni a mi madre.

Ni a mi propia persona.

Nina tenía razón.

Es malsano querer salvar el mundo.

Me llamo Fatima Daas, pero he nacido en Francia, en el Departamento 78, en Saint-Germain-en-Laye.

Llego al mundo por cesárea en la clínica Saint-Germain, en la Rue de la Baronne-Gérard.

Cesárea, del latín *caedere*: seccionar, cortar.

Incisión del útero.

Tras mi nacimiento, a los treinta años, mi madre sufre un infarto.

Me siento culpable por haber nacido.

Me extraen del vientre de mi madre al alba.

No nazco asmática.

Me vuelvo asmática.

Entro oficialmente en la categoría de los asmáticos alérgicos a los dos años.

De adolescente, oigo por primera vez la palabra «severa» para calificar mi enfermedad.

A los diecisiete años entiendo que soy portadora de una dolencia invisible.

Mi estancia más larga en un hospital dura seis semanas.

Mi hermana Dunia dice que soy una esponja.

He tardado mucho tiempo en saber que las emociones podían desencadenar mis ataques de asma.

He de seguir un tratamiento médico regular, de por vida.

Seretide: una aplicación por la mañana, otra por la noche.

Inorial: un comprimido por la mañana.
Singulair: un comprimido por la noche.
Ventolin: en caso de dificultad respiratoria.

Me llamo Fatima.

Fatima es la más joven de las hijas del último profeta, Mahoma —*Salla Allah alayhi wa salam*, que la paz y la bendición de Dios estén con él—, y de su primera mujer, Jadiya.

Me llamo Fatima.

Solo Dios sabe si honro mi nombre.

Si no lo ensucio.

Fatima significa «pequeña camella destetada».

Destetar, en árabe: *fatem*.

Dejar de amamantar a un bebé o un animal para que pase a otro tipo de alimentación. Sentirse frustrado, separar a alguien de algo o algo de alguien o a alguien de alguien.

Como Fatima, yo debería haber tenido tres hermanas.

Una de mis hermanas pierde la vida unas horas después de nacer.

Se llamaba Sumaya.

Fatima es designada por su padre como la más noble de las mujeres del paraíso.

El profeta Mahoma —que la paz y la bendición de Dios estén con él— dijo un día: «Fatima es parte de mí, y quien se enoje con ella será testigo de mi enojo».

Mi padre nunca hablaría así de mí.

Mi padre ya casi no me habla.

Me llamo Fatima.
Soy una pequeña camella destetada.
Soy la *mazozia*, la menor, la hija pequeña.
La más pequeña.
Antes de mí hay tres chicas.
Mi padre esperaba que yo fuera un chico.
Durante la infancia, me llama *ulidi*, «mi hijito».
Sin embargo, tiene que llamarme *benti*, hija mía.
Dice a menudo: «Tú no eres hija mía».
Para consolarme, me digo que soy su hijo.

Mi madre me viste hasta los doce años.

Me pone vestidos de flores, faldas de vuelo, bailarinas, tengo diademas de diferentes colores, en forma de corona.

No todas las niñas quieren ser princesas, mamá.

Odio todo lo que tiene que ver con el mundo de las chicas tal como me lo presenta mi madre, pero aún no soy consciente de ello.

A veces, mi padre me acompaña a la escuela.
No me revisa los deberes.
No me pregunta qué he aprendido.
Piensa que es cosa de mi madre.

Mi madre dice a menudo: «Yo cumplo con mi *uayib*».
El *uayib*: el papel.

Su papel de madre.

Un papel: función realizada por alguien; atribución asignada a una institución. Conjunto de normas y exigencias que rigen el comportamiento de un individuo, según su estatus social o su función en un grupo.

Mi padre no habla de su *uayib*.

Mi madre prefiere que lleve top mejor que sujetador, le parece menos «precipitado».

Tampoco quiere que me depile.

Dunia le dice que me deje, por lo menos, depilarme las axilas hasta que sea mayor.

Ella repite que ya tendré tiempo.

Antes de la adolescencia, mi padre me cantaba canciones.

También me contaba cuentos.

¡Lunia! Lunia, la princesa de los cabellos de oro.

Mi padre siempre empezaba los cuentos por: Erase una vez.

Erase una vez Lunia.

Una princesa encarcelada desde muy pequeña por *Ghula*, la ogresa, en la torre más alta de su castillo donde no había puerta ni ventanas. La ogresa utilizaba los largos cabellos de Lunia para escalar la torre.

Una noche, ¡menuda sorpresa!, la descubre un príncipe.

Se enamora de ella. Vuelve para salvarla. Se promete con ella.

Como en muchos cuentos, Lunia y el príncipe se casaron y tuvieron muchos hijos.

Lo que más me gustaba era el tiempo que tardaba mi padre en describir con precisión los largos cabellos dorados de Lunia.

Cuando no me contaba la historia de Lunia, retomaba el relato del profeta Yusuf, *Alayi Salem*, que Allah le conceda su protección.

Insistía en la anécdota de los hermanos del profeta. Consumidos por los celos, habían decidido arrojar a Yusuf a las profundidades de un pozo.

Mi padre me susurraba al oído: «*Balak yiderolek kima Yusuf*». ¡Ojo, no vayan a hacerte lo mismo tus hermanas!

Me costaba distinguir entre el humor y las advertencias de mi padre.

A primera hora de la tarde se imponía el episodio de la siesta.

Agarraba auténticos berrinches para que no me obligaran a dormir.

Luego acabé por entender que para conseguir lo que quería lo mejor era actuar con picardía.

Encontré el truco. Sin derramar una lágrima, sin gastar un ápice de energía.

Y funcionaba siempre.

Mi padre me llevaba al salón, nos echábamos juntos frente a la tele. Yo apoyaba la cabeza en su hombro. La mano sobre su cabeza.

Mi padre era el primero en dormirse.

Se echaba la siesta que me correspondía a mí.

Yo iba a reunirme con Dunia y Hanan, que jugaban en el jardín.

Mi madre seguía en la cocina.

Me llamo Fatima.

Soy asmática alérgica.

Los médicos dicen que no me tomo «en serio» el tratamiento.

A veces sucede que me olvido del tratamiento.

Que decido que he de dejar de tomarlo a causa de los efectos secundarios.

Que decido que he de dejar de tomarlo por otras razones.

O, al contrario, me olvido de respetar las dosis prescritas, e inhalo varias aplicaciones de Ventolin, lo que me provoca taquicardia.

Ingurgito los mismos medicamentos varias veces al día, desde el principio de mi vida, y parece que puede alargarse en el tiempo.

Ellos dicen que olvidar el tratamiento es rehusar cuidarme, cuidar de mi cuerpo, de mi salud.

«Ellos»: quienes han intentado que entienda mi enfermedad, y no la entiendo.

Neumólogos, médicos, enfermeros, kinesiterapeutas.

Pienso en Monique Lebrun, la doctora que me ha tratado, que me ha acompañado durante diez años, hasta su jubilación.

En ella, en las y los que me he cruzado en los hospitales con sus batas blancas o azules, las y los que me enseñaron a respirar correctamente, como el resto de la gente.

—¿Estás lista? Ale, vamos. Inspira por la nariz y llena los pulmones de aire. Ahora espira por la boca, eso es, despacio. Así, eso es, así, muy bien, guapa.

Odiaba que me llamaran «guapa».

Las tres cuartas partes del tiempo, en la consulta, no entiendo nada de lo que dice Monique. Tengo la impresión de que se ha quedado anclada en el siglo XIX.

Cita a Baudelaire y a Rimbaud.

Habla la misma lengua que ellos.

La doctora Lebrun lleva unas camisas abrochadas hasta arriba.

No consigo verle el cuello.

Así que me lo imagino.

Soy incapaz de no lanzar ojeadas furtivas a su pecho caído.

Incapaz de saber dónde acaban sus tetas redondas y dónde empieza su vientre flácido.

Lleva las gafas colgadas del cuello como un collar.

Le tiemblan las manos cuando me da la receta.

El 24 de noviembre, Monique decide aumentar las dosis de mi tratamiento.

Paso obligado del Seretide Diskus 250 al Seretide Diskus 500.

Me llamo Fatima Daas.
Soy francesa.
Soy de origen argelino.
Mis padres y mis dos hermanas mayores nacieron en Argelia.

Soy mora, es decir, musulmana.
Mi madre es musulmana.
Mi padre es musulmán.
Mis hermanas, Dunia y Hanan, son musulmanas.
Somos una familia de árabes musulmanes.
Tendríamos que haber sido una familia de seis árabes musulmanes.
La primera vez que mi madre me habla de la muerte de nuestra hermana mayor, Sumaya, le digo que Sumaya tiene suerte.
En la religión musulmana, si un niño muere, va directamente al paraíso.
Así que yo rezaba para convertirme también en una Sumaya.
Sabía que no iba a ser lo que se llama una buena, una verdadera musulmana.

Mi madre dice que uno nace musulmán.
Sin embargo, yo creo que me convertí.
Creo que sigo convirtiéndome al islam.
Intento acercarme todo lo que puedo a mi religión, acercarme a ella, hacer de ella *a way of life*, un modo de vida.

Me gusta ponerme en mi alfombra de oración, notar cómo toco el suelo con la frente, verme prosternada, sometida a Dios, implorarlo, sentirme minúscula frente a Su grandeza, a Su amor, a Su omnipresencia.

Me llamo Fatima.

Mi nombre es el de una chica de Clichy que pasa más de tres horas diarias en el transporte público.

En el vagón del RER, una mano huesuda se aferra a la puerta.

Un hombre lleva una cantimplora verde fluorescente.

Please mind the gap between the train and the platform.

Los pasajeros que van de pie intentan mantener el equilibrio.

Puedes agarrarte a la barra de sujeción, apoyarte en las puertas, pegarte a las ventanillas y estar al acecho de los pasajeros que puedan dejar libre un asiento. O cogerte del brazo de un amigo, si tienes uno.

Suena una voz en español: *Por favor, no olvide recoger todo su equipaje*.

Están las que cuentan las estaciones.

Los que discuten por teléfono.

Las y los que llevan mochila.

Las que se ríen a carcajadas, y la gente se fija en ellas.

Los que miran de reojo la pantalla del vecino.

Los que, sentados, absortos en sus teléfonos, en sus tabletas o sus libros, se abstraen de aquellos que los rodean.

Están los carritos de los niños y las maletas.

«Ha ocurrido un incidente y la circulación ha quedado cortada en este tramo».

Me llamo Fatima Daas, pero nací en el Departamento francés de Les Yvelines.

Tengo ocho años cuando nos trasladamos del Departamento 78 al Departamento 93.

Dejamos Saint-Germain-en-Laye para mudarnos a una ciudad de musulmanes: Clichy-sous-Bois.

Aparte de mi familia, en Clichy-sous-Bois, las personas con las que crezco, el vecindario, las amigas, los compañeros de clase son casi todos musulmanes. Así que no me cuesta ser una «musulmana».

A los ocho años pienso que:

Todo magrebí es musulmán.

Los musulmanes son quienes no comen cerdo y practican el ramadán.

Ayunar es ponerse en el lugar de las personas que no tienen qué comer.

Los musulmanes no beben.

Los magrebíes se casan, tienen hijos y luego nietos.

Voy a la escuela cuando hago el ramadán por primera vez.

Es invierno.

No ayuno todo el mes, ayuno a mi manera: medias jornadas.

Odio comer por la mañana.

Me da náuseas, no desayuno, ni cuando me insiste mi madre.

A veces se queda en la cocina para verificar que me he tomado el tazón de leche que me ha preparado.

En cuanto se da la vuelta aprovecho para tirarlo por el fregadero.

La primera vez que practico el ramadán, entiendo inmediatamente qué es el sentido de pertenencia.

Como toda mi familia, ayuno.

A las once y media de la mañana termina la escuela.

Vuelvo a casa.

Mi madre me pregunta si aguanto bien. Mi estómago contesta por mí:

«¿Queda chorba y briks de ayer?».

Me llamo Fatima Daas.
Mi padre se llama Ahmed. *Ahmad*: digno de alabanzas.
Mi madre, Kamar, la luna.

Tienes los ojos negros, Ahmed, como yo.
Tenemos los mismos ojos.
Los ojos negros existen.
Ahmed mide más de dos metros. Todos los días, al cruzar la puerta, tiene que pensar en agachar la cabeza, aunque a veces se olvida, y se pega con el marco.
Detrás de él, me río bajito. Mi madre también.
Kamar Daas huele a manzanilla. Mi madre tiene muy buen olfato.
Cuando empecé a fumar, lo olió enseguida.
Fuera, Ahmed anda con la cabeza alta y el torso hinchado.
Kamar, con la mirada clavada en el suelo.
Ella tiene una nariz griega y las fosas nasales apenas abiertas.
A veces me entran ganas de llamar a Ahmed Daas, *Abi*, «papaíto», y a veces no lo consigo.
Mi madre es más baja que yo, mide un metro sesenta y seis. Tiene mejillas rellenitas y sonrosadas y manos de albañil.
Mi padre tiene ocho hermanos y hermanas. Mi madre, diez.
Mi madre dejó a su familia para seguir a mi padre hasta Francia.
Mi madre no es una simple ama de casa, no es una simple madre en casa, no es una simple madre.

Me llamo Fatima Daas.

Nací por cesárea en la clínica Saint-Germain, en la Rue de la Baronne-Gérard.

Cesárea, *caedere*: seccionar, cortar.

Incisión del útero.

A los veinticinco años conozco a Nina.

Nina, del celta «cima», del hebreo «gracia».

Santa Nina propagó la religión cristiana por toda Georgia en el siglo IV.

Pero Nina Gonzalez no es santa ni cristiana.

Creo que Nina es un personaje simbólico en mi historia.

La primera vez que veo a Nina, me intriga inmediatamente.

Va con las manos metidas en los bolsillos traseros del vaquero.

Sus gafas de sol, en la cabeza, le retienen el pelo.

Cuando no lleva las gafas de sol, le cae un mechón que le cubre parte de la cara. Entonces solo se le ve un ojo.

El derecho.

Está coronado por una ceja oscura, del mismo color que su pelo.

Nina se esconde bajo una ropa también oscura.

Negra.

Se le atribuyen diferentes orígenes, pero no los verdaderos.

Ella contesta sí cuando un compañero le pregunta si tiene

«sangre india» o si otro piensa que viene de Haití.

Tiene un cuerpo esbelto, dinámico.
Unos andares ágiles y ligeros.
No se sienta, Nina.
O muy poco rato.
Casi siempre está en movimiento.

Fuma tabaco de liar, bebe café.
Fuma porros y bebe cerveza.
Cuando no fuma tabaco de liar, fuma Marlboro Red.
Ella tiene una mirada frágil, insegura, incierta, dura y delicada, tierna.
Los ojos marrones, casi negros, tenebrosos.
Ella oscila entre la frivolidad y la seriedad.
Ella se ríe de todo, de los demás y sobre todo de sí misma.
Dice que la risa protege.
Ella no contesta a las preguntas.
Dice que no sabe por qué no contesta a las preguntas.
Pienso que es porque duda de mí, de los otros y sobre todo de sí misma.
Nina es la única que me pregunta qué tal estoy, varias veces en la misma frase, en varias ocasiones a lo largo del día.
Me dejará recuerdos por todas partes en Clichy-sous-Bois, en París y en otros lugares.

Nina está sentada a mi izquierda.
Yo estoy sentada a su derecha.
Estamos debajo de un árbol, las ramas prosternadas nos rodean.
El cielo está despejado, el sol pega con fuerza.
La canícula también.
Pasa una paloma.

Me fijo en ella, Nina también, nos volvemos juntas, a la vez, como para ver cómo se aleja.

Dejo de mirar a la paloma.

La veo a ella, a Nina, que sigue mirándola.

Unas ráfagas de viento atraviesan nuestros cuerpos.

Ella dice: «Sienta bien», con una sonrisa.

La miro.

Repito tontamente: «Sienta bien».

Me veo de nuevo en el mismo sitio con otra persona.

Un chico al que yo no miraba.

Me llamo Fatima.

Fatima, pequeña camella destetada.

Antes de cumplir los diecinueve años, decido matricularme en la escuela del asma.

La escuela del asma es un concepto creado en 1991 por la asociación Asma&Alergias, y pretende dar una educación terapéutica menos aburrida que con clases teóricas.

Antes de ir, me leo unos cuantos folletos para saber a qué atenerme.

Me entero de que esa formación permite conocer mejor la enfermedad y controlarla.

La escuela te enseña *a convertirte en agente de tus cuidados, a controlar mejor los desencadenantes, a prever y evitar la aparición de un ataque de asma o a impedir que se agrave*, y, sobre todo, te enseña *a aceptar la enfermedad*.

Me llamo Fatima.

Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.

Mi nombre no puede ensuciarse, es un nombre que debo honrar.

Me llamo Fatima y siento a Dios allá por donde voy, allá donde estoy.

Siento cómo me envuelve Su gracia.

Cuando salgo de casa por la mañana, recito una oración:

«En el nombre de Allah, me encomiendo a Allah, y no hay poder ni fuerza salvo en Allah. Oh, Allah, me refugio en Ti de desviarme o ser desviado, de equivocarme o de que me precipite en el error, de oprimir y ser oprimido, de ser ignorante o que sean ignorantes conmigo».

Me llamo Fatima Daas.
Soy una mentirosa.
Soy una pecadora.

En la escuela primaria, digo a Alexandra y a Amina que estoy enamorada de un chico.
Son mis mejores amigas del momento.
El chico se llama Jack.
Es francés.
Es rubio de ojos verdes.

En casa escribo en los cristales empañados: «Fatima + Jack = Amor».
Jack no está enamorado de mí.
Yo no estoy enamorada de Jack.
Pero quiero tener novio, como Alexandra y Amina.

Alexandra es portuguesa católica, su elegido se llama Daniel.
Amina es argelina musulmana, pero no lo lleva escrito en la frente.
Todo el mundo dice que su familia se ha «afrancesado», porque Amina va al conservatorio de música en Livry, toca el piano y también hace gimnasia.
Su madre no lleva velo.
Su padre no lleva barba larga.

Me llamo Fatima.

Soy esa chica de barrio que observa los comportamientos parisinos.

En el vagón del RER, siempre me fijo en las miradas malévolas dirigidas a esas que van con carritos de niño. A esas a las que casi nunca nadie ayuda a bajar las escaleras cuando no hay ascensores, esas a las que no se les cede el paso, en el autobús, porque se tardaría un montón, las mismas a quien uno cede el sitio con una punzada en el corazón.

Digo «esas» porque la mayor parte del tiempo son «esas» y no «esos» quienes van empujando, temprano, por la mañana, el coche del bebé.

Miran mal a la madre cuando el crío se pone a llorar.

La gente se vuelve, se agita, cuchichea.

Buscan de dónde vienen los malditos lloriqueos.

Cuando por fin los localizan, lanzan una mirada asesina.

Esa mirada que quiere decir: «¡No puedes hacer que se calle el puto crío, gilipollas!». Luego se giran de nuevo exhalando un suspiro.

Piensan, convencidos, que es una mala madre.

Me llamo Fatima.
Soy asmática.
Padezco una dolencia invisible.

Una alergóloga me reprocha un día que no haya acudido a una consulta en 1997.
Me quedo en blanco durante dos minutos.
Hago el cálculo en mi cabeza.
Contesto que tenía cinco años en esa época.

Desde que soy muy pequeña, me repiten que el asma es una enfermedad que irá desapareciendo con el tiempo.
Ya no aguanto las frases que se terminan por «con el tiempo».
Ya no aguanto mucho las esperas.

La primera sesión de la escuela del asma tiene lugar un martes por la mañana, a las diez, en Montfermeil, la población contigua a Clichy-sous-Bois.
A menudo la gente se confunde y piensa que las dos ciudades forman una sola. No importa, nos conocemos todos.
La mayoría hemos ido al mismo instituto.
Solo hay uno: el instituto Alfred-Nobel, entre Clichy y Montfermeil, pegado a Gagny.
Al salir de casa de mis padres, recorro la Allée de Bellevue, paso por la residencia Le Hameau de la Verriére, un atajo para llegar a la

parada del autobús. Nadie dice «de la Verriére». Se dice «Le Hameau», a secas.

Cojo el 613 o el 601, no recuerdo bien, el primero que llega. Se para enfrente del hospital. Solo tengo que cruzar de acera y entrar en el *hall* amarillo mostaza que siempre me da náuseas.

Sala B2. Hay un grupo de cuatro personas ya instaladas alrededor de una mesa de reuniones rectangular, de sexo y edades diferentes, el médico y la enfermera, de pie, junto a la puerta, café y té sobre la mesa, con madalenas Bonne Maman de Carrefour.

Faltaba solo yo. Se empieza la sesión como todas las sesiones, por una ronda de presentaciones, uno de esos momentos en los que debes tomar la palabra y no tienes ningunas ganas. Yo los llamo la ronda de los alcohólicos anónimos. Has de hablar de tu identidad. Decir lo mínimo: limitarte a tu apellido, tu nombre, tu edad, tres cosas que no has elegido.

Tenemos el mismo problema, la misma enfermedad.

Una de las razones por las que nos reúnen es para que nos sintamos menos solos. Dicen que es necesario escuchar las experiencias de los demás y compartir las propias con ellos.

Yo no comparto nada.

Al final de la mañana viene a vernos una psicóloga clínica.

Cuando llega, el médico y la enfermera se van de la sala.

—Llamadme Clarisse, tuteadme. Podéis hablar, interrumpirme, siempre que queráis.

De entrada, nos advierte que vamos a hacernos buenos amigos.

Tiene ojos grandes, azules, azul cielo u océano. Los dos. Es lo mismo.

Clarisse habla del síndrome «paternalista» que tienen ciertos médicos. Me parece justo, bien dicho, bien salido de su boca en forma de V.

Asiento con la cabeza a todo lo que dice, sin pronunciar una palabra.

Mientras, Clarisse, con su gran sonrisa, me propone que haga uso de la palabra, y yo paso, amablemente.

Después de una hora con la psicóloga, la señora Cerisier, la enfermera, llama a la puerta. La señora Cerisier, cuando habla, se pasa el índice por detrás de la oreja. Es uno de sus desórdenes obsesivos compulsivos que no puede disimular.

En los talleres prácticos, se nos enseña a utilizar un «fem».

Cuando la enfermera dice «fem», yo esbozo una sonrisa estúpida.

No hay imbéciles felices en el grupo, aparte de mí.

No ha dicho «F», «E», «M», ni «flujo espiratorio máximo», sino «fem». Yo bajo la vista y me pongo a garabatear algo en mi cuartilla, como si nada, pero me doy cuenta de que los ojos de los otros cuatro se vuelven hacia Cerisier que está explicándonos cómo utilizar el fem, el flujo espiratorio máximo.

Permite controlar la respiración.

Me llamo Fatima Daas.
Soy musulmana, así que tengo miedo de:
Que Dios no me ame.
Que Él no me ame a mí como yo Lo amo a Él.
Que me abandone.
No ser la que «debería» ser.
Dudar de lo que Dios me ha pedido que haga.
Verme sola ante el peligro.
Despertarme en plena noche, aterrorizada.

Hablo a Allah, al Todo Misericordioso, cuando recito mis cinco oraciones.

A veces me desconcentro.

Me pongo a pensar en otras cosas.

Intento concentrarme, desapegarme de las cosas de este bajo mundo, que parece ser mi preocupación principal.

Aprecio ese momento de intercambio con Allah.

Dios no necesita que rece por Él.

Soy yo la que lo necesito.

Creo que soy hipócrita.
He pecado.
He dejado de pecar.
He pecado de nuevo.
Me llamo Fatima Daas.
Soy una pecadora.

Me llamo Fatima.

Soy musulmana.

Durante mis trayectos, a veces intento hacer el *dhikr*, pero todas esas voces mezcladas fluyen a mi alrededor, entonces me fundo en el ruido de los vagones, en las palabras parisinas, en los olores a sudor, alcohol y perfume.

Perdón, quiero apearme. ¡Mierda! No encuentro el billete. Ese niño es realmente insoportable. No para. Me bajo en la siguiente. Piola guapa, qué buena estás. ¿Puedes abrir la ventanilla, por favor? Me están aplastando. Déjalo, voy a colgar, estás empegando a ponerme nervioso. Plegamos a la parada de la Gare du Nord, no te preocupes, aquí sale todo el mundo. ¿Porqué me mira así ese tío? ¡Pervertido! Mamá, ¿cuántas paradas faltan? No puedo respirar. Buenos días, señoras y señores, siento molestar, hace diez años que estoy en la calle. Cojo todo lo que puedan darme, vales de comida, una moneda. Gracias, que tengan un buen día.

Una mujer se sube la bufanda hasta la nariz.

El ruido de monedas amarillas en el cubilete.

Unos labios con el carmín medio corrido.

Un hombre, de perfil, con una gorra de Yamaha, protesta.

Le han quitado el asiento.

Le cedo el mío.

Me da las gracias sin mirarme.

El *dhikr*, es repetir el nombre de Dios para reavivar Su recuerdo.

Me llamo Fatima.

Soy portadora de una dolencia crónica.

Una enfermedad que no parece desaparecer con el tiempo.

De adulta, espero al último minuto para acudir al hospital cuando noto que se estrechan mis pulmones.

De pequeña, en Clichy-sous-Bois, suelen darme los ataques de asma por la noche, mientras duermo.

Desciendo de la litera, con cuidado, para no perturbar el sueño de mis hermanas, pero mi torpeza es más fuerte que yo.

A veces provoco un chirrido de la cama al bajar por la escalera, otras le piso un dedo del pie a Dunia que duerme en un colchón en el suelo, o toso demasiado fuerte.

A veces, hago las tres cosas a la vez.

Cuando franqueo la puerta, ya estoy casi salvada, solo tengo que torcer a la izquierda para entrar en el cuarto de mis padres.

Está cerrado, pero nunca con llave.

De hecho, el nuestro tampoco.

La tele sigue encendida, al-Jazira o BFM TV, me subo a la cama de mis padres, me deslizo entre los dos.

Separo sus cuerpos, ya bastante distantes.

Tengo una respiración silbante, mi madre se despierta.

Después de *salat Subh*, la primera oración del día, mi padre me lleva al hospital en su coche Mercedes-Benz gris metalizado. Estoy medio dormida y los silbidos, al espirar, persisten. Mi padre me pregunta, en el coche, si me duele.

Una vez en el hospital, me suministran cuatro aerosoles respiratorios que dilatan mis bronquios. Mi padre, sentado en una silla junto a la cama, dice al final de cada aerosol, acercando la cabeza a mi hombro: *Thesse darelk haya?* «¿Notas que te hace efecto?».

Mi padre no confía, ni en la medicina ni en la educación.

Me llamo Fatima.

Fatima es un nombre femenino, musulmán.

Empiezo a vestirme «como un chico» a los doce años.

No me doy cuenta inmediatamente, me lo dicen.

Llevo sudaderas con capucha, chándal, zapatillas Air Max.

Me peino con moño o cola de caballo.

Me pongo gomina para pegar el pelo que se me sale, por delante.

El pelo *jrash*, rizado, pelo de «árabe».

A veces me pongo la gorra que me prestó un día mi amigo Musa.

La llevaré durante toda la enseñanza secundaria, hasta que la señora Salvatore, la consejera de educación del centro, me la confisque definitivamente.

En el colegio no tenemos derecho a llevar cascos ni teléfonos móviles.

No tenemos derecho a llevar gorra en los pasillos de las instalaciones.

No tenemos derecho a llevar gorra, a secas.

En el colegio, tengo amigas, pero prefiero estar con los chicos.

Somos una pandilla de diez.

Musa, Zaidu y su hermano pequeño Mun.

Los tres son comoranos musulmanes.

Samir es marroquí musulmán.

Wilkens es el cristiano de la banda.

Soy la única chica del grupo, pero aún no lo sé.

Estoy en clase de deporte cuando me viene la regla por primera vez.

Me doy cuenta de que soy una chica.

Lloro.

Por la noche le digo a mi madre que yo no quiero eso.

Mi madre me explica que es natural.

Odio la naturaleza.

Me llamo Fatima Daas, he nacido en Francia, a veces pierdo más de cuatro horas en el transporte para ir a clase, al trabajo, al teatro, al museo, o para volver a casa de mis padres.

Empiezo a coger los transportes públicos habitualmente a los dieciocho años.

Después de cierto tiempo empiezo a sentir el «cansancio de los transportes», ese que te lleva a tener una migraña más o menos a la misma hora cada noche, que te hace descubrir la vejez de tu organismo prematuramente, que te afecta al humor, te incita a tener reacciones excesivas, a protestar casi tanto como los parisinos y a tener accesos de ira difícilmente controlables.

Es ese mismo cansancio que te hace pensar en «acercarte» a ti misma.

«Acercarte» significa entonces partir.

Partir: traicionar, renunciar y abandonar.

Me llamo Fatima.
Fatima Daas.
Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.
Nina Gonzalez es la heroína de mi historia.

Un día, me decido a invitar a Nina.
No le propongo ir a tomar algo.
Es lo que hace todo el mundo.
La invito a que me vea en un escenario.
Más tarde le propondré ir a tomar algo, ir al teatro, ir a ver una exposición.

—Puedo cogerte dos entradas si quieres venir con alguien, Nina.
Nina se me queda mirando, le da una gran calada a su cigarrillo, y yo contemplo cómo se esparce el humo por encima de su cabeza.
—No se me da muy bien buscarme un colega que le interese el teatro. Siento volver a despertar tu curiosidad.

Nina viene a verme sola, y me alegro.
Las luces se apagan, se encienden.
Reconozco algunas caras, como la de Rokya en la segunda fila. Rokya es mi mejor amiga.
Veo a Nina en el fondo de la sala, pero la miro poco tiempo.
Resuenan los aplausos. Creo que he triunfado.
Creo que he triunfado ante Nina.

A la salida, me encuentro con Nina que está sentada en el *hall*, me acerco a ella, me estrecha en sus brazos y dice:

—Te sientan bien las tablas, Fatima.

Contesto espontáneamente:

—Sobre todo contigo entre el público.

Siento un poco haber dicho eso, porque no sé si es lo que le gustaría oír.

Ella no dice nada. Presento a Nina a mis amigas.

Acabamos la velada juntas.

Me llamo Fatima Daas.

Soy una adolescente perturbada, inadaptada.

En el colegio, todos los días, después del comedor, nos instalamos en nuestra zona, al fondo del patio, entre dos cubos de basura blancos.

Todo el mundo sabe que ese es nuestro terreno.

Cuando llegamos, los colegiales se esfuman instintivamente.

No tenemos que pedirlo.

Mun se pega al muro.

Wilkens y Musa, sentados cara a cara encima de los cubos de basura, no se miran.

Yo estoy en el centro.

Voy de un cubo de basura a otro.

—Parece que estés hasta arriba de farlopa, deja de moverte, Fati'gangsta.

Empieza el ritual, nos calentamos lanzándonos pullas.

Mun se pone a rapear.

Lo jaleamos, lo insultamos.

Es invierno.

Tengo las manos coloradas.

Hace un viento infernal.

—No pintamos nada aquí con este frío, vamos, tíos, nos abrimos, esos cabrones tienen el culo bien caliente mientras nosotros estamos aquí congelándonos.

«Esos» es el bando adverso: los profes, los consejeros de educación, los bedeles, toda persona que represente la autoridad.

La pandilla está de acuerdo.
He conseguido convencerlos.
Decidimos ir a dar vueltas por los pasillos.
Sabemos que los bedeles nos van a perseguir.
Ya nos han expulsado temporalmente del colegio a todos.
Menos a Wilkens, el más espabilado.

Mientras nos paseamos por los pasillos del colegio, Will nos cuenta que la víspera ha bailado el zouk con una tía.
—Sentí su vello púbico, tíos.
Imita la escena, muerto de risa.
Yo no intervengo en la conversación.
Los días siguientes me siento obligada a hablar de alguien.
Digo que estoy enamorada de un chico del colegio.
Escojo a un tunecino que me parece guapo y buena persona.
Se llama Ibrahim.

Coincidimos en la misma clase a los once años.
Discutimos en clase de lengua.
No recuerdo cómo había empezado la cosa, pero sí que le dije que después de clase le partiría la cara.

Me había tratado de puta.
Nos amonestaron a los dos.
Era con la señora Besnaila.
Aquel día tuvo miedo la señora Besnaila.
Se había tomado las palabras al pie de la letra.
Se imaginaba la salida de clase.
A Ibrahim, en el suelo, cubierto de sangre.
A mí, toda orgullosa, sonriente.

Todo el mundo la llamaba «señora Besanalga».
Tenía unas gafas marrones muy gruesas que le ocupaban la mitad de la cara.
La apodábamos Lisa por la serie *El destino de Lisa*, que había tenido mucho éxito en esa época.
Otro día se echó a llorar porque una compañera y yo nos negábamos a cambiarnos de sitio.
Se montó un follón muy gordo.
La señora Besnaila se salió de la clase.

Estaba embarazada.
Me sentí culpable.
No sé si porque estaba embarazada.
No se lo había dicho a nadie, eso de que me sentía culpable.
Le soltaba a todo el mundo que nos tocaba los huevos yendo a lloriquearle al director.

Puede que le tuviera cariño a la señora Besnaila.
Me llamo Fatima.
Soy una chica.
Me gustan los chicos.
Naturalmente.
Confieso que me gusta Ibrahim, un día, a mis colegas.

Mun es el primero en reaccionar:

—¡Estás tonta! Tú eres un tío, no te pueden gustar los tíos, estás pirada, Fatima.

Me llamo Fatima.

He nacido en Francia.

Saint-Germain-en-Laye: mis primeros pasos, mi primera sonrisa, mis primeras desdichas.

Allí, en Saint-Germain-en-Laye, tengo menos de seis años, cuando mi padre vuelve a casa huele a un olor mezclado con el del tabaco.

Un olor que no sé reconocer.

El tabaco, es el perfume de mi padre.

Fuma en el interior del piso, no se inquieta por mi asma, me sienta en sus rodillas mientras sostiene el cigarrillo con la mano izquierda.

En plena noche, cuando vuelve tarde, mi padre enciende todas las luces, hace ruido de vajilla en la cocina.

Encuentra la cena preparada, dejada en el microondas por mi madre.

Cuando entra en el salón, que nos sirve de dormitorio para cinco, yo abro los ojos, pero no asumo la responsabilidad de quejarme.

Mi hermana mayor se atreve un día a pedirle que apague la luz mientras bosteza.

Él la trata de *jamya*: guarra, asquerosa, pero Dunia replica, sin amilanarse. Entonces él se le acerca y se oye zas.

Mi madre le susurra *skut* ¡cállate!

A menudo sucede que nuestra madre nos manda callar.

Hace eso porque no quiere que la cosa degenere.

Sobre todo porque sucede muy rápido.

Cuando mi padre suelta una, en general no se para ahí.

Pega a dos de las cuatro, a veces yo soy la única que se libra.

Veo lo que hace, me pongo entre ellos, sé que va a ganar, que en cualquier momento puedo encontrarme en el lugar de mis hermanas. Y cuando se saca el cinturón del vaquero, entonces sé que tengo que irme, porque me deja unas marcas rojas en las piernas que son muy feas, además me escuece mucho durante días y no hay manera de que se me pase.

Me aparto entre sollozos, vuelvo cada vez que oigo llorar demasiado fuerte o chillar a una de mis hermanas.

Luego me retiro a un rincón. La segunda vez, menos mal, tarda menos, unos minutos, oigo uno o dos gritos, luego llantos. Y se acabó.

Al día siguiente todo el mundo hace como si no hubiera pasado nada.

Me llamo Fatima.

Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.

Un nombre que hay que honrar.

Un nombre que yo he deshonrado.

Ya adolescente, miro a mi padre a los ojos.

Le digo:

—¡Eres un monstruo!

Es la primera vez que pienso algo con tanta fuerza.

Desde ese día no ha vuelto a dirigirme la palabra y yo a él tampoco.

Me llamo Fatima Daas.

Escribo historias para evitar vivir la mía.

Tengo doce años cuando nos vamos de viaje de estudios a Budapest.

Por la noche, nos juntamos todos para estudiar el programa.

Justo después de la cena, en la gran sala, donde no hay cobertura.

Imposible consultar MSN, Skyblog o enviar un mensaje para no aburrirnos.

Después de la reunión, los profes nos dan una hora libre antes de ir a dormir.

Me quedo en la gran sala con Rokya.

Ella pone las piernas encima de la mesa.

Yo hago como ella.

Hay un juego de las siete familias en mi bolsillo, así que lo saco.

Pero no jugamos a las siete familias.

Dos compañeros de clase han venido a reunirse con nosotras: Lola y Murat.

Rokya propone jugar a Verdad o Reto.

Murat y Lola están de acuerdo.

Yo digo:

—Vale, pero hacemos locuras, ¿eh? Nada de vete a decirle

«buenas noches» a un profe.

Todo el mundo se echa a reír.

—Okey, ¡pues empezamos por ti, entonces, ya que estás tan animada!

Murat cree impresionarme al decirme eso, entonces hago como si me diera igual, como si no me diera miedo lo que pudiera pedirme.

Digo, segura de mí misma y articulando exageradamente:

—¡Escojo RETO!

Murat me acaricia la barbilla con la mano derecha, mientras mira el techo. Yo suelto una carcajada.

—Okey, levántate y dale un beso a Lola.

Estoy a punto de levantarme cuando Murat completa la frase: «¡EN LA BOCA!», con una gran sonrisa, como si, añadiendo un complemento, hubiera convertido el reto en algo imposible.

Rokya se parte de risa. Traduce:

—Por si no lo has pillado, Fatima, tienes que besar a Lola.

—¡Estáis mal de la cabeza, vosotros dos! Ni hablar. ¡Murat, es repugnante!

Lola me da las gracias por lo que acabo de decir.

No sé si la encuentro guapa. No me lo he planteado.

—Que no, Lola, tía. Es que es una pasada lo que me manda hacer este colgao. No eres tú la repugnante, no tiene nada que ver contigo.

Lola sonríe mientras se piensa lo que va a contestar.

—¡Relájate, colega, no pasa nada! Para salvarte, quiero hacer este reto.

Bajo la vista en el momento en que oigo el verbo querer.

La miro sin decir nada y bajo de nuevo la vista.

—¡Bah, adelante! —suelta Murat—. Adelante, ¡el reto es tuyo, Lola!

Yo me quedo quieta.
Estoy petrificada.
Oigo que Lola se levanta.
Se acerca a mí.
Pienso en empujarla.
Tirarla al suelo.
No hago nada. Menos mal.
Se habría golpeado la cabeza con la esquina de la mesa.

Lola me da un beso suave y rápido en los labios.
No tengo tiempo de decir ni hacer nada, y ya es real.
Se fija en mí antes de volver a sentarse en el sillón. Dice «¿A quién le toca?» mientras me guiña el ojo.

Tengo doce años.
No entiendo lo que acaba de pasarme.
Rokya duerme en la misma habitación que yo.
Ha querido hacerme una caricia antes de dormirse.
Yo he dicho que no.
Y ahí, en medio de la noche, sola, algo me aterroriza.
Pienso, sin formularlo: voy a ir al infierno.
Quiero levantarme, ir a reunirme con Rokya en su cama, quizá despertarla.
Decirle que al final sí quiero esa caricia.
No sé hablar.
Así que me voy a quedar sola en mi cama.
Voy a intentar pensar en otra cosa, pero en ese momento, veo de nuevo a Lola.

Lola es un chicazo, también, pero no como yo.
Físicamente es una chica.
Ha encontrado el equilibrio.
No creo que a Lola le gusten las chicas.
De todas formas no hemos vuelto a hablar de ese juego.
Y yo no he vuelto a jugar a Verdad o Reto.

Me llamo Fatima Daas.
Mi nombre es el de un personaje ejemplar del islam.

De niña, en casa, recito la sura *Al-Fil*: el elefante.
Esta sura consta de cinco aleyas.
Voy a recitársela a mi madre, con una bonita entonación.
He ensayado durante dos horas o más.
Mi madre me dice que se parece a la recitación del sabio jeque Al-Sudais.
Yo sonrío. Es el efecto que quiero producir.

Me habría gustado ser imam, recitar el Corán con el *Tajwid*, una lectura salmodiada; guiar la oración de grupo, escuchar, aconsejar, dar conferencias.
Hablo a mi madre de esa voluntad de grabarme leyendo el Corán, y quién sabe, difundirla.
Me dice que eso no está autorizado.
No busco saber más.
Renuncio a ello.
El Corán me da paz.

Me llamo Fatima.

Soy una turista.

El primer año, me resulta agradable la duración de los trayectos de Clichy-sous-Bois a París. De París a Clichy-sous-Bois.

Exploro un nuevo espacio-tiempo. Aprovecho cada minuto, como si ganara un tiempo que en principio daba por perdido.

Mis itinerarios están acompañados de lectura, de música.

A veces llego a garabatear unas páginas en mi diario.

Cuando voy sentada en el metro, hablo de los otros, de sus entradas, de sus salidas, de los que se cuelan justo antes de que las puertas se cierren, de esos rostros tristes que quiero llevarme conmigo.

Para llegar a París, debo tomar diferentes medios de transporte, primero un autobús, cualquiera, para llegar a una estación.

En general suelo coger el 613 o el 601, que me deja en la estación de Aulnay-sous-Bois, o en la de Le Raincy-Villemomble.

Pasan cada diez minutos.

En el autobús, me siento en el asiento delantero, cuando está libre, justo detrás del conductor, de hecho, coincido a menudo con el mismo conductor, de un día para otro, a veces incluso dos veces en un mismo día.

Los quince primeros segundos, me pregunto dónde me he cruzado con esa mirada familiar. Lo primero que me viene a la cabeza es su función: el chófer del autobús. Así se les llama, como pasa con «las señoras de la biblioteca» o «las señoritas del Centro de Documentación e Información».

Resulta agradable reconocer una cara, una voz, una expresión, una mímica.

Me llamo Fatima.

Se supone que mi nombre es pacífico.

Creo que he ensuciado mi nombre.

Una tarde, en el instituto, durante el último curso, agredo a un chico.

Se llama Benjamin.

Cuando habla, sus manos lo acompañan.

Es pálido, flaco, afeminado.

Benjamin pasa por delante de mí, yo le pongo la zancadilla.

Tropieza, se levanta, me mira y me pregunta por qué he hecho eso.

Le digo que se abra si no quiere ponerme nerviosa.

El levanta la voz, reitera la pregunta en un tono cabreado.

—¡Maricón de mierda! ¿Quién te crees para hablar conmigo? ¡Pírate antes de que te dé una hostia!

Las cuatro personas que están a mi lado se ríen un poco al tiempo que intentan calmarme.

Benjamin se va llorando.

Me entran ganas de pegarme un tiro.

Dos años después, me cruzo con Benjamin en Clichy-sous-Bois.

Pienso en lo que hice.
Pienso en lo que me he convertido.
No tengo fuerzas para pedirle perdón.

Me llamo Fatima Daas.
Soy francesa.
Soy argelina.
Soy francesa de origen argelino.

La primera vez que viajo a Argelia, tengo ocho años.

Las semanas que preceden al viaje, me construyo una idea mental de la gente, de los olores, de los colores.

Ha llegado el momento de conocer a «toda la familia».

Todas esas personas sin rostro, que forman parte del pasado de mis padres.

Un pasado del que no hablan.

Semanas antes del viaje, preparamos maletas de regalos.

Digo «preparamos» para sentirme involucrada.

Mis padres compran ropa, zapatos, bolsos, perfumes para cada miembro de la familia.

Para los más pequeños: juguetes y caramelos.

Para los chicos: Playmobil, armas, balones, coches y camiones.

Para las chicas: muñecas y Barbies.

Mis padres preguntan a sus familias respectivas si necesitan algo en particular. Dicen que no necesitan nada.

Lo más importante es nuestra presencia.

Mis padres entienden que hay que insistir.

Yo aún no lo comprendía.

Durante las conversaciones telefónicas, mi familia de Argelia acaba por confesar.

Tiene muchas necesidades que expresa de manera codificada.

A eso se le llama *maana*: dar a entender implícitamente.

Cuando mis tías paternas descubren sus regalos, dicen que este es mejor que aquel, que ha costado más, que es más bonito, que habrían preferido un bolso en vez de un velo o nada antes que un perfume.

Mis tías maternas eligen ellas mismas sus regalos.

Un ritual se perpetúa al final de cada viaje.

Mis padres dan dinero en un sobre a sus hermanos y hermanas.

Mis padres insisten un poco para que mis tías y mis tíos acepten.

Ahora ya conozco el final de la historia.

Sus familias acaban por aceptar el dinero y lo gastan muy rápido.

Ya adulta, de vuelta a Francia, escribo en una libreta: *Tengo la impresión de dejar una parte de mi en Argelia pero me digo cada vez que no volveré*.

Me llamo Fatima Daas.

Tengo la sensación de llevar una doble vida.

Salgo del hospital de Montfermeil tras diez días de hospitalización.

Rokya me espera en la cafetería.

Cojo el ascensor esperando que sea la última vez.

Durante mi estancia, escribo en una libreta:

El hospital es un poco como la cárcel. Cuentas el número de visitas. Te enfadas con quienes no han venido, te enfadas con él: Ahmed Daas.

Llego delante de la cafetería. Rokya está sentada, con las piernas ligeramente separadas, tiene en la mano un botellín de Oasis Tropical y un vaso de cartón.

—Antes de que me preguntes si estoy bien, te diré que no, no estoy bien, Roky.

Me estrecha muy fuerte en sus brazos.

Cuando espiro, mi respiración todavía silba.

Me tiende un café solo diciéndome que sigue sin entender cómo puedo tomar semejante mierda.

Le digo que me despierta o que me relaja, no sé muy bien.

—Tengo que decirte algo, Roky. Joder, diez días de talego, me ha dado tiempo a pensar.

Rokya me mira, puedo leer la mezcla de curiosidad y

preocupación en sus ojos.

No dice nada, me escucha.

Nos levantamos, cambiamos el olor a hospital por el olor a suelo mojado, caminamos hasta el parque del Arboretum.

Hay muchas nubes, pensamos que no va a tardar en echarse a llover, pero nos da igual.

Confieso a Rokya, un poco avergonzada, que me he abierto un perfil en varias webs de citas.

—Es lo mejor para desvelarse pero permaneciendo oculta.

—Pero Fatima, tú eres una de esas románticas raras, eso no te va nada. No va a funcionar. Además, seguro que das con algún cerdo.

Le corto la palabra antes de que vaya más lejos. —No quiero citas con tíos, Roky.

Digo eso como si hubiera dicho que tengo que comprar pan.

Y entonces Rokya me mira, veo cómo esbozan sus labios una sonrisita de orgullo, y dice: Entonces con quién, ¿con un hámster?

Y cuando dice eso una amplia sonrisa se dibuja en su rostro, y solo se ve eso.

Rokya se echa a reír, y su cuerpo entero vibra.

La imagen de un hámster me viene a la cabeza, y yo también me echo a reír. Pero enseguida me pongo seria de nuevo.

—Roky, no me hagas decirlo, ¡te lo ruego!

Dice que no tengo por qué hablar.

Así que no hablamos. Damos una última vuelta por el parque en silencio. Llegamos a la salida. Rokya me bloquea el paso. La miro, digo tontamente:

—¿Qué coño pasa? ¿Tengo un hámster en la cara o qué?

Nos partimos de risa las dos a la vez. Y en esos momentos la quiero aún más.

—En Clichy no hay, Fatima, no hay hámsteres, bueno, sí, por supuesto, existen, pero se esconden, como tú.

Digo con una gran sonrisa:

—Chao, Roky, me voy a pescar hámsteres.

Me llamo Fatima Daas.

Antes de ponerme a escribir de verdad, hacía lo que los demás esperaban de mí.

Después del instituto voy a las clases preparatorias para entrar en una Escuela Superior de Letras.

Es lo que hacen los buenos alumnos.

Van a Medicina, a clases preparatorias para Escuelas Superiores o a Ciencias Políticas.

Durante varios meses imito a mis compañeros de clase.

Tengo que:

Trabajar varias horas después de las clases de cada día.

Aprender de memoria fechas, definiciones.

Prepararme las pruebas de control continuo, leer y comentar textos escritos exclusivamente por hombres blancos heteros cisgénero.

Llego a mi primera clase del día, estamos a miércoles. Son las ocho y media.

El profesor de español nos reparte los deberes para casa corregidos. Se queda el mío en la mano. Me mira con sus gruesas gafas.

—Señorita Daas, ¿quiere salir conmigo dos minutos?

Me levanto, coloco mi silla bajo la mesa.

Noto su impaciencia.

No tengo tiempo de coger la chaqueta.

Lo sigo, como una tonta.

Ya está fuera, con la puerta cerrada.

Dos, tres alumnos me siguen con la mirada.

Estoy en camiseta, siento el viento acariciarme los brazos, cómo se me eriza el vello, me hace cosquillas.

—Bueno… Señorita Daas —dice eso con una voz muy viril mirándome fijamente a los ojos—, no haré nada, puede usted estar tranquila, pero solo quiero saber la verdad —deja un tiempo de suspense de mierda—. ¿Quién le ha hecho el trabajo?

No entiendo bien, entonces digo ¿mis deberes para casa?

Contesta sí, sus deberes para casa. ¿Quién lo has hecho en su lugar?

A veces, cuando la gente duda de mí, me pongo yo misma a dudar de mí, es gracioso, invento historias para darles la razón pero, esa vez, no me dio la gana porque el trabajo me había resultado fácil y no me había gustado hacerlo.

No contesté.

Esperaba que me dijera que era el día de los Santos Inocentes aunque estuviéramos en febrero, cualquier cosa, pero no era el típico tío graciosillo. Luego pensé que acabaría por rectificar, que se daría cuenta, gracias a mi silencio, que el chiste era él.

Volvió con su monserga:

—De acuerdo, perfecto. ¿Quién la ha ayudado?

Empezaba a cansarme, pero a pesar de todo contesté:

—Me encanta el español. Tenía nueve de nota media el año pisado y en la selectividad saqué ocho.

Luego me di cuenta de que probar, demostrar, legitimarse, mostrar lo que valía no le había tocado a ninguno de los otros alumnos, los que estaban dentro del aula, al calor. Nadie tenía que argumentar durante diez minutos, en camiseta, muerto de frío, para probar que había merecido un ocho y medio.

Un mes más tarde dejé las clases preparatorias.
No me matriculé en Medicina.
No entré en Ciencias Políticas.
Me puse a escribir.

Me llamo Fatima Daas.

Mi nombre es el de una joven de Clichy que hace más de tres trasbordos para ir a la universidad.

Si el tráfico es fluido, llego a la estación en un cuarto de hora.

Tengo que coger el RER, el B, cuando me encuentro en la estación de Aulnay.

El E cuando estoy en Le Raincy.

El primer año, llego antes de la hora a mis citas, personales, médicas o profesionales.

El segundo año, llego a la hora.

El tercer año, llego tarde.

El cuarto año, ni llego.

Ya no leo, escucho música que acompaña mis pensamientos.

Me esfuerzo por no dormirme, por miedo a acabar en el final de línea.

Me da pánico tener que volver a empezar, perder más tiempo.

Me mareo cuando voy sentada en el sentido contrario a la marcha, en el RER.

Ahora sé que los largos trayectos favorecen el flujo de mis pensamientos.

Me equivoco a menudo de sentido.

Me acuerdo de desconocidas.

Ya me ha ocurrido cruzarme varias veces con la misma persona en el mismo metro.

Ya he soñado con esa persona.

Intento dejar de creer en las señales.

Intento dejar de ver señales por todas partes.

Creo que soy supersticiosa.

Creo que está prohibido serlo.

Me llamo Fatima.

La primera vez que consulto a una psicóloga tengo diecisiete años.

No es cosa de mis padres.

Nadie de mi familia sabe que voy a ver a una psicóloga.

Tampoco yo soy muy consciente.

Mi psicóloga, la señora Guérin, lleva casi siempre una bata blanca que le llega hasta las rodillas. Debajo de la bata, una falda negra con medias opacas, un jersey de cuello alto amarillo o negro, una camisa blanca. Lleva el pelo suelto. Corto, ondulado, rubio.

En la primera sesión con la señora Guérin, digo tres frases en total.

En la segunda sesión, juego a destrozar un sacapuntas.

En la tercera sesión, decido dejarlo.

Acabo volviendo.

Durante dos meses, veo a la señora Guérin ocho veces.

Una sesión de una hora a la semana.

En las tres primeras citas, llego ante la puerta, hago como esos personajes de las películas, que vuelven a ver a su ex.

Acerco el puño a la puerta, lista para llamar.

Inspiro fuerte.

Y espiro.

Entonces echo marcha atrás.

Mi brazo cae muerto, pegado a mi cuerpo.

Me quedo así, mirando fijamente la puerta, durante sesenta segundos.

Retrocedo un paso, y parezco decir: «Venga, me largo».

La señora Guérin, detrás, sabe perfectamente que estoy ahí, gesticulando, esperando que ella elija por mí.

A veces no me facilita las cosas, una vez me recuerda que he dado media vuelta.

—¿Sabe usted?, la oigo cuando sube por la escalera, puede que no lleve tacones pero hace un ruido tremendo, en realidad me previene de su llegada sin querer.

La señora Guérin sabía de dónde venía el problema.

Me iba para que me retuvieran.

Me llamo Fatima.
Mis padres son musulmanes.
Mis hermanas son musulmanas.
Somos una familia de cinco árabes musulmanes.

De adolescente, recuerdo que mis padres eran pragmáticos.
El islam era creer en Dios, amarlo. Temerlo, obedecerlo.
Yo había superado las primeras etapas.

Amaba a Dios, a Su mensajero, a mi madre tres veces, luego a mi padre.

Si mi padre me pillaba desprevenida, debía dar mi clasificación en ese orden.

—¿A quién amas en primer lugar? ¿En segundo lugar? ¿Y después?

Si me equivocaba de orden —solo sucedió una vez—, tenía que permanecer en un rincón del salón con un diccionario sobre la cabeza hasta que Ahmed Daas decidiera devolverme mi libertad.

Ahmed, «digno de alabanzas».

Cuentan que un hombre fue a ver al mensajero de Allah —que

la paz y la bendición de Allah estén con él.

—¡Oh, mensajero de Dios! ¿Cuál es la persona más digna de mi buena compañía?

—Tu madre.

El hombre prosiguió:

—¿Y después quién?

—Tu madre.

El hombre siguió una vez más:

—¿Y después quién?

—Tu madre.

—¿Y luego? —preguntó el otro una última vez.

—Luego tu padre.

Una mañana, antes de ir al colegio, delante del espejo, me pongo gomina en el pelo. La extiendo delicadamente. Mi madre me sorprende. Entra y entonces es como si me hubiera sorprendido registrándole el bolso o pegándole fuego a la casa.

Mi madre dice:

—Dios ha creado al hombre y a la mujer. A Dios no le gusta que una chica quiera parecerse a un chico.

Por una vez, me habla en francés.

Esa mañana no le contesto.

No le doy un beso.

Salgo de casa con un nudo en el estómago.

Me llamo Fatima Daas.

He estado cuatro años de terapia.

Es mi relación más larga.

A los veinticinco años conozco a Nina Gonzalez.

En ese momento me creo partidaria del poliamor.

Me veo con dos mujeres, Gabrielle y Cassandra.

Encuentro en una lo que le falta a la otra, sin saber qué.

Tengo la sensación de que mi vida empieza a tener una pizca de estabilidad.

Cassandra tiene veintidós años.

Gabrielle, treinta y cinco.

Cassandra es «demasiado pequeña» para mí. Mi mejor amiga, Rokya, se burla de mí:

—¡Al final, Fatima, eso es lo que te va, ser una cougar!

Me crucé con Cassandra varias veces en el ambiente LGBTQI+ antes de atreverme a abordarla.

Enseguida me conmovió su frescura, su aire sin complejos, su inocencia.

Cassandra no tenía nada de lesbiana, ni los códigos de vestimenta, ni los valores comunitarios, ni una ambición feminista sobredimensionada.

Nos sumimos en el mundo lesbiano, en los afterworks de no-mixidad, las noches Barbieturix, las veladas queers en La Java.

Yo veía aquellos espacios como refugios.

Cassandra y yo habíamos dejado de trabajar para ir a la Gay Pride.

Una amiga militante que me había oído presumir de ello, me cogió del brazo para corregirme.

—¡La PRIDE, Fatima! No digas la Gay Pride, invisibilizas a las lesbianas y a todo el resto de la comunidad diciendo Gay Pride.

Había ternura en sus palabras, y rabia.

Pero ninguna agresividad.

Aprendía con ella.

Sustituí la Gay Pride por la Pride.

Cassandra y yo todavía no sabíamos que al ser lesbianas teníamos todo un mundo que adoptar o que abortar.

Cassandra tenía un recorrido vital que me hacía olvidar su edad.

Se había independizado muy pronto.

A los diecisiete años se traslada de Toulouse a París, dejando tras de sí a sus padres y a sus hermanos pequeños.

Digo «dejando tras de sí» pero Cassandra no dejó nada.

He entendido que partir no significa necesariamente romper y abandonar.

Había hecho lo que yo no me atrevía a hacer a esa edad.

Dejar el domicilio sin sentirse culpable, sin por ello ser una mierda, sin tener la sensación, al franquear la puerta, durante la mudanza, y años después, de haber traicionado el conjunto de los valores familiares a causa de una única mala decisión.

Envidiaba el egoísmo de Cassandra, su necesidad urgente de vivir lo más intensamente posible, su costumbre de trasnochar y de madrugar.

Bastaba con que el tiempo le dejara sacar del armario la ropa de

verano, que reconociera una vieja música en un bar o que una vieja la animara a aprovechar ahora que era joven para que conservara la sonrisa al menos veinticuatro horas.

Cassandra tenía carita de ángel, pero solo en apariencia.

Desde el principio me puso sobre aviso.

—A veces paso la noche con hombres, pero cuando folio con un hombre me convenzo aún más si cabe de que solo me gustan las mujeres.

Cuando sucedía, a menudo estaba borracha, me lo contaba al día siguiente. No sé por qué me lo contaba.

Hay cosas que preferiríamos no saber.

Me enfadaba con Cassandra.

No se lo decía, eso formaba parte del «juego».

Había mandamientos que respetar.

No se lo dirás si te hace sufrir, si sientes celos, tristeza o rencor.

No se lo reprocharás, si te mantiene a distancia, si te olvida un poco.

No le confesarás que te aburres en su ausencia cuando se va durante tres semanas a la otra punta del mundo, cuando esperas con impaciencia una llamada y todo lo que recibes es un par de mensajes.

No le revelarás lo que sientes.

Transgredir esos mandamientos significaba asumir que nos parecíamos a eso que no queríamos ser.

«Una pareja normal».

«Una relación exclusiva».

«Una pareja que respeta las conveniencias» con celos,

sentimiento de pertenencia, de seguridad, de ahogo, de amor.

Si una se enamoraba, había que dejarlo todo o ser capaz de ocultarlo el mayor tiempo posible.

Yo no contaba nada a Cassandra.

Mis padres me habían enseñado el arte del disimulo.

No decir nunca nada.

Cassandra se enfadaba conmigo porque no me enfadaba con ella.

Yo me enfadaba conmigo misma por enfadarme con ella.

Gabrielle y Cassandra eran mi estabilidad bien distribuida, una apariencia de paz y de comodidad.

Cuando Nina apareció en mi vida, no sabía en absoluto lo que necesitaba ni lo que me faltaba.

Me llamo Fatima Daas.
Tengo dos hermanas musulmanas: Hanan y Dunia.

Entre los ocho y los diez años, mi hermana Hanan me enseña a hacer las abluciones.
Nos instalamos en nuestro dormitorio, ella imita los gestos que hay que hacer, sin agua.
Intento de nuevo, yo sola, con agua.
Me divierte.

Poco tiempo después, aprendo a hacer la oración.
Hago dos de las cinco oraciones.

Empiezo a orar, de verdad, sin fingir, a los diecisiete años. Antes, cuando me despertaban al alba, me costaba levantarme, medio dormida fingía hacer las abluciones, pero no me pasaba agua ni por la cara ni entre los dedos de los pies.
Seguía dormida durante la oración, vamos, uno, dos, uno, dos. ¡Se acabó! Me vuelvo a la cama.

Me llamo Fatima.

Me cuesta quitarme la idea de la cabeza: estoy muy tocada, por eso la señora Guérin me recibe en su salón.

Al principio de cada sesión la señora Guérin me pregunta si quiero tomar algo.

Si no tengo frío, si estoy cómoda.

Intento no cruzar los brazos, no triturar más objetos, porque me conozco la canción: que si el lenguaje corporal, que si esto y lo otro.

La afronto.

Tengo una sonrisa estúpida, del tipo no te voy a decir lo que quieres oír.

Le devuelvo las preguntas que me hace.

Me replica que no estamos ahí para hablar de ella, pero contesta a todo.

Improviso a partir de emociones contradictorias.

Lo que cuento es inconexo, confuso y lleno de silencios.

La señora Guérin disfruta cuando ve que me siento torturada, cuando me contengo las ganas de arrojar su mesa contra la pared, cada vez que insiste en que hable de mi madre.

Me llamo Fatima Daas.

Pronto cumpliré treinta años y tengo pocos recuerdos de infancia.

Muy pocos recuerdos de Saint-Germain-en-Laye.

Vuelvo a ver el Château Vieux, las escaleras ante el café Le Saint Malo. A los colegiales y los alumnos del instituto que se pasaban ahí la tarde.

La mayoría fumaba.

Casi todos llevaban mochilas Eastpak.

Mi hermana Hanan y yo íbamos a robar maquillaje a Monóprix para darle gusto a nuestra hermana mayor Dunia.

Pegada a Monoprix, la panadería Au nom du pain, «En el nombre del pan». Dentro, el panadero de cabeza afeitada y delantal verde, a quien pasábamos a ver cada mañana, antes de la escuela, Hanan y yo, para comprarnos un surtido de caramelos.

Cuando íbamos al McDonald's era algo excepcional.

Había una enorme zona de juegos de tres plantas.

Estábamos excitadísimas.

Lo comentábamos durante cuatro horas cuando volvíamos a casa.

Los sábados por la tarde íbamos al parque de La Charmeraie, montábamos en bici, jugábamos al escondite o al Gato y el Ratón

con nuestros primos Bilal, Yunus y Farid.

Mi primo Bilal no estaba casi nunca.

Volvía tarde a casa y salía pronto.

Vivió un año con su novia.

Después de romper con ella, pasó seis meses en la cárcel.

Mi tía pretextaba que su hijo estaba de vacaciones en el pueblo.

Mi primo Farid, que vive ahora en Barcelona con su mujer y sus hijos, me hacía repetir una frase en árabe.

Ana andi qalb kebir; que significa tengo un gran corazón.

A causa de mi acento, la frase quedaba completamente transformada.

En lugar de corazón, decía perro.

Corazón se pronuncia *qalb* o *galb* según las regiones.

Perro se pronuncia *kelb*.

Yo no conseguía pronunciar la «q» desde el fondo de mi garganta.

Decía tengo un gran perro.

No decía tengo un gran corazón.

Eso hacía reír a mi primo.

Hacía reír a todo el mundo.

Al final, también a mí.

A veces, cuando hablo argelino, me entienden mal o nada de nada, entonces preguntan a mi madre: ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha querido decir con eso?

No quiero que mi madre haga de mediadora entre mi familia y yo.

No quiero que me traduzca para ellos.

No quiero ser extranjera.

Un día, me contaron que Hanan se había perdido en el parque.

Yo aún no había nacido.

Habíamos construido una cabaña en el bosque.

Dábamos leche a un gato negro.

El señor que cojeaba, sentado delante del bar-estanco todos los días a partir de las cuatro de la tarde, formaba parte del decorado de la ciudad.

Hanan y Dunia se burlaban de él.

Lo apodaban «el jorobado».

Pasábamos los veranos en las fiestas de los Loges.

Jugábamos a las Barbies en la cocina.

Yunus, el más pequeño de mis primos, me volvía tarumba.

Cuando le daba por ahí, me comía la mejilla a besos y luego la boca. Me cogía las manos para ponérselas alrededor del cuello. Me hacía cosquillas, me toqueteaba por todas partes, también.

Le encantaba.

Yo iba a esconderme al salón, debajo de la mesa. Mi madre estaba ocupada, mi padre veía la tele.

A mí me entraban ganas de vomitar.

A veces explotaba. Me ponía a gritar, con los nervios desquiciados, y rompía en sollozos.

Tenía una bola en la garganta, que no quería desaparecer.

A Yunus aquello le hacía mucha gracia.

El camión de los helados pasaba a partir del mes de agosto.

Todavía no teníamos noción del tiempo, pero lo reconocíamos gracias a su musiquilla.

Recuerdo que yo no tenía mucho derecho a los helados, porque a mi madre le daba miedo por mi asma.

A veces me echaba a llorar, cuando pasaba demasiado calor y mis hermanas olvidaban esconderse para saborear sus polos.

En el jardín de la vecina, una tarde, había puesto dos piedrecitas en mis fosas nasales para hacer reír a mis hermanas.

Uno de los guijarros se quedó bloqueado.

A la hora de cenar, yo lo expulsé al estornudar.

Eso había preocupado a mi madre.

Me reí mucho.

Escuchaba a menudo el nombre de la asistenta social: la señora Brisby. A veces íbamos a cenar a casa de una pareja de franceses: Anne-Marie y Dominique. Anne-Marie era cirujana.

Los sábados por la mañana, íbamos al Árbol del Pan: un banco de alimentos.

Mi hermana Hanan estaba segura de que más adelante yo sería periodista.

—Tienes pinta de periodista, Fatima, total.

Nos preguntábamos a qué edad nos casaríamos.

Cuántos hijos queríamos tener.

Alrededor de los veinticinco años. Las dos.

La parejita: niño y niña.

Hanan y yo nos parecemos mucho.

Es lo que dice todo el mundo.

De pequeña, imitaba su sonrisa.

Sigo imitando su sonrisa.

En la calle nos confundían.

Hanan tiene siete años más que yo, pero parece más joven.

Hanan y yo acostumbrábamos a bañarnos juntas.

Tengo una foto de nosotras dos en Saint-Germain-en-Laye, en la bañera, con una enorme sonrisa.

Una tarde, mi tía me envuelve el dedo gordo en un calcetín para que deje de chupármelo. Me dice que me van a salir los dientes torcidos.

—¿Quieres parecerte a Biyuna, eso quieres?

No sé quién es Biyuna pero no quiero parecerme a ella.

En una foto, tengo el pelo todo revuelto, voy con una camiseta blanca que me está demasiado grande. Llevo el pelo corto.

En familia, vemos en bucle: *Solo en casa, Matilda, Eduardo manostijeras, Pipi Calzaslargas, Señora Doubtfire*.

Oímos la misma música: *Gravé dans la roche, 7 Days, Sans (re)pères, Au summum, It Wasn't Me, Mystère et Suspense, What's Love, Ces soirées-là, Les Rois du monde, The Real Slim Shady, Oops!… I Did It Again, Trop peu de temps, Stan, I'm Outta Love.*

Escuchaba esas músicas en el *walkman* de mi tía cuando estaba en el hospital. Cada vez que venían8a verme mi hermana Hanan, a la hora de la comida, me cortaba la carne en trocitos pequeños.

Yo lloraba, no quería comérmela.

No era halal. Lo sabía, estaba segura.

Estaba en un hospital francés, no musulmán.

Toda mi familia me hacía creer que era halal.

Dunia acabó por decirme:

—Cuando uno está enfermo, está perdonado, debes comer para estar en forma.

No me gusta la carne.

No soy vegetariana.

Mi padre me obliga a comer cordero el día del Aid.

Cuando sale de la habitación, me meto los trozos de carne en los bolsillos.

Después, al final, los echo por el váter.

Tiro de la cadena, aliviada.

Gracias, Dios mío.

La vecina del séptimo se suicida.

Mi primo Farid aprovecha para robarle el sofá.

Es una portuguesa.

Su apellido es Pereira.

Dejo de robar a los diecisiete años.

Mi tía me lo ha enseñado todo.

En el mercado, me dice que coja unas gomas del pelo, que me las ponga de pulsera y estire la camiseta de manga larga.

La mayor parte del tiempo pasa desapercibido, entonces ella me felicita dándome unas palmaditas en la espalda.

Cuando me entra el pánico, me dice que soy una *behlula*, una blandengue.

Vamos a los grandes almacenes, bebemos y comemos a nuestro antojo.

Pienso que se me da bastante bien.

Pero no soy la mejor.

Mi tía prefiere a Hanan.

Detesta a la mayor, a Dunia.

Se burla de ella.

De vez en cuando, mi padre la defiende.

La primera vez que mi hermana Dunia se escapa, todavía vivimos en casa de mi tía. Tiene dieciséis años.

Por la noche, mi padre se la encuentra en La Défense con dos amigas.

Está fumando.

La agarra de los pelos y se la lleva a rastras.

Mi padre es analfabeto.

Me ha llamado «mi tesoro» durante nueve años.

Me llamo Fatima Daas.
Mi relación con los otros es inconstante.
Inestable.

Tengo veinticinco años cuando conozco a Nina Gonzalez. Ella tiene treinta y siete.

La primera vez que Nina se entrega a mí, estamos en Clichy-sous-Bois.
Enfrente del ayuntamiento.
Nina se instala a mi lado con dos cafés.
Le agradezco que haya pensado en traerme uno.
Nunca he sabido si pensamos la una en la otra de la misma manera, sin decírnoslo.
Hay mucha gente alrededor nuestro.
Cuando estoy con Nina, sin saberlo, hago abstracción de los niños que se divierten deslizándose por la rampa de la escalera, hago como que no he visto a los colegas que cruzan para ir a Le Chéne Pointu, dejo de oír las ruidosas discusiones de la gente en la Orangerie.

Nina habla de sí misma.

—Mi madre me dice que todo me sienta bien, que todo lo que

me pongo me sienta bien. Vaya, que todo me sienta bien desde que ya no me viste ella.

—He llevado la misma ropa de cero a once años.

—Mi madre es una mujer fría.

Me entran ganas de reaccionar, pero siempre utilizo las mismas palabras, desde que tengo quince años, las mismas palabras: ni bonitas, ni intensas, ni contundentes. Las mismas expresiones cojas.

Y cuando dice «Mi madre es una mujer fría» ya no tengo ningunas ganas de hablar, me apetece estrecharla en mis brazos. En lugar de eso, me pongo a mirar al suelo, arranco la hierba, lanzo piedras cuando no sé qué hacer con las manos.

Nina tiene amigas que votan a la derecha.

Dice que la mayoría son heteronormativas pero que a pesar de todo las adora.

Digo a Nina que me quedan amigas homófobas y que cada vez me cuesta más adorarlas.

El relato de la vida de Nina se ve entrecortado por mis preguntas, nuestros silencios, nuestras miradas.

Intenta hablar de ella y es difícil, lo veo a través de su cuerpo, tiene las piernas encogidas, una sobre otra, los brazos medio cruzados, la cabeza gacha.

La escucho atentamente, como para memorizarlo todo, para escribirlo todo.

Dejo que Nina lea lo que estoy escribiendo.

Un día me pregunta si me arrepiento de haber hecho esa elección.

Le contesto que no sin ni siquiera tomarme un tiempo para

pensar, por necesidad de tranquilizarla, me imagino.

Me arrepiento al mandarle mi texto.

Ya no lo siento al día siguiente.

Lo siento de nuevo, otra vez, con el paso del tiempo.

Hoy, en absoluto.

—¿Ya han escrito sobre ti, Nina?

—¡YES!

¡Joder! Tengo la impresión de que acaban de robarme la última plaza libre del *parking*.

Nina prosigue:

—Espera, ¿quieres decir si ya he escrito sobre mí?

Vuelvo a formular mi pregunta más despacio:

—¿Alguien ha escrito ya sobre ti, Nina?

—¡Ah, eso no!

Siento la misma satisfacción que cuando encuentro el teléfono después de creer que lo había perdido.

—Nadie escribe sobre mí. Pero no escribas sobre mí, si no, vas a tener que decir tonterías.

Nos reímos mientras nos miramos, sentadas una frente a otra, con una distancia de al menos quince centímetros entre nosotras.

Es como si hubiera un perímetro de seguridad con Nina, que me esfuerzo por respetar.

Un perímetro de seguridad virtual que me he inventado de principio a fin.

A ratos tengo miedo de estar cerca de ella, a ratos de no estar lo bastante cerca.

Desde que conocí a Nina, escribo a diario.

Garabateo frases inacabadas a propósito de todas las mujeres que comparo con ella, todas esas a las que no puedo amar.

Silencio.

Miro a Nina, le pregunto si puedo escribir sobre ella, precisando que para mí es muy importante contar con su consentimiento.

Se sale por la tangente, como a menudo cuando le pregunto.

Cuando se sale por la tangente, no contesta en absoluto. O suelta un chiste o una expresión filosófica compleja que no consigo descifrar.

Recibo una llamada telefónica, así que no terminamos la conversación.

Pienso de nuevo en ello unos días más tarde sin atreverme a volver a sacar el tema.

Me viene a la mente cada vez que veo su nombre inscrito en la página blanca de mi ordenador.

> *Él me había dicho «No escribirás un libro sobre mí». Pero no he escrito un libro sobre él, ni siquiera sobre mí. Solo he puesto en palabras —que sin duda él no leerá, que no le están destinadas— lo que su existencia, por sí sola, me ha aportado. Una especie de devolución de un don.*
>
> *Todo ese tiempo, he tenido la impresión de vivir mi pasión en modo novelesco pero ahora no sé en qué modo escribo, si es el del testimonio, véase el de la confidencia tal como se practica en los diarios femeninos, el del manifiesto o el acta, o incluso el del comentario de texto.*
>
> *No quiero explicar mi pasión —eso equivaldría a considerarla como un error o un desorden que hay que justificar— sino simplemente exponerla.*

Annie Ernaux, *Passion simple*

Me llamo Fatima Daas.
Soy francesa de origen argelino.
Mis padres y mis hermanas han nacido en Argelia.
Yo he nacido en Francia.

Mi padre decía a menudo que las palabras son «teatro», que solo cuentan los actos.

Decía *smata*, que significa insistir hasta provocar rechazo, cuando veía en la tele a dos personas diciéndose «Te quiero».

Por mi parte, creo que es terrible decir «Te quiero».
Creo que también es terrible no decirlo.
No llegar a decirlo, retenerse.
El amor era tabú en casa, las manifestaciones de ternura, la sexualidad también.

Cuando mis hermanas conseguían convencer a nuestro padre de que nos dejara ver *Embrujadas* en la tele (porque solo había una tele, que estaba en el dormitorio de mis padres), bastaba con que la mano de un hombre rozara la de una mujer para que mi padre dijera *jmach* y cambiara dé cadena *ipso facto*.

Jmach quiere decir basura.

Me llamo Fatima Daas.
Necesito mantener varias relaciones.
Tengo tendencia al poliamor.
He entendido que no me va el poliamor.
No me enamoro.
No creo en el poliamor.

Una mañana, medio zombi, debajo del edredón, intento emerger.

Gabrielle me pregunta si puede decirme algo. Dejo escapar un sí con voz inquieta y aún medio dormida.

—No te acuestas conmigo como debieras.

No digo nada. Frunzo el ceño sin querer.

Gabrielle sale del cuarto de baño con una toalla enrollada a la cintura, se sienta en el borde de la cama, me explica.

—Es que, Fatima, me dices que no me quieres, que no has querido nunca, que jamás te has enamorado, pero cuando estamos juntas, debajo de las sábanas —dice eso señalando la cama—, en la ducha —dice eso mostrando la ducha con el dedo—, tu manera de mirarme, de cogerme la nuca, de morderme los labios, tu manera de olisquearme el cuello, de poner tu mano entre mis muslos, todo eso,

¿qué quiere decir? Me haces el amor como si me quisieras, pero no es el caso. O practicamos sexo, o hacemos el amor, Fatima. ¡Pero deja de fingir!

Tras esas palabras, me levanto y cojo mi camiseta Kaporal negra.

Gabrielle me mira, no duda, me coge de la mano, me sienta a su lado.

Lleva quieta desde el principio de la conversación.

Le miro a los pies para evitar sus ojos.

Pienso en el café que aún no me he tomado.

Me entran ganas de salir, de llamar a Nina.

De decirle que acabo de entender algo, aquí, ahora mismo.

Pero Gaby me levanta la cara con dos de sus dedos. Así que vuelvo a ella.

—No es un reproche, no te pongas a la defensiva, es solo que al final me creo ciertas cosas. Y cuando te vas, me da miedo que sea definitivo, que tomes la decisión de dejarlo todo por tu religión. Y que no tenga vuelta atrás.

Sigo viendo la cara de Nina en lugar de la de Gabrielle.

Me pone una mano sobre la boca justo cuando me dispongo a hablar.

Sabe que no hay que abordar las dudas.

Sabe que eso me haría huir.

Me besa lánguidamente.

Me viene a la cabeza, mientras mezclamos nuestras salivas:

«Me haces el amor como si me quisieras».

Le digo que tengo que irme.

Aquella mañana no tomé café.

Gabrielle no me retuvo.

Y, desde luego, no llamé a Nina.

Me llamo Fatima.

Fatima es un nombre femenino, musulmán.

Se supone que soy una chica, así que empiezo a maquillarme en el instituto.

Tengo el pelo largo.

Me parezco cada vez más a una mujer.

Eso gusta a los chicos.

A mí no me gusta.

Tengo pareja, un chico, desde hace dos meses. Es tunecino, musulmán, practicante.

Se llama Adel.

Lo dejo una primera vez.

Él me da tiempo.

Acabamos volviendo.

Yo me repito: «Vas a conseguirlo, Fatima, es un buen chaval».

Seguimos saliendo juntos durante un mes.

Intento verlo lo menos posible.

Le pongo los cuernos con un asistente de lengua que trabaja en el mismo instituto. Un mexicano cejijunto con los ojos ligeramente rasgados.

Apuesto por la sinceridad.

Se lo cuento a Adel.

Eso es lo que suele hacer la gente, creo.

Así que hago lo mismo.

Primero, se calla.

Temo que pierda confianza en sí mismo por mi culpa.

No me da miedo que me deje.
Espero que lo haga.

El silencio es largo, difícil de romper.
Mi problema de comunicación sale a la superficie.
Tengo los brazos cruzados y la espalda tensa.
Adel deambula delante de mí, sin decir nada, con una mano tocándose la cabeza en un vaivén de la frente a la nuca.

Viene a sentarse junto a mí.
Me mira.
Me habla.
No digo nada.
Adel dice que sabe qué es lo que más me conviene.
—¡Necesitas tiempo, Fatima!

Siento náuseas.
Nos separamos para volver a juntarnos.
Esta vez ya no lo consigo.
La menor palabra, el menor gesto me saca de quicio.
Hago todo lo que puedo para que la cosa acabe mal.

Me llamo Fatima Daas.

Vengo de una familia musulmana.

Tengo dos hermanas mayores, Dunia y Hanan.

Hanan ponía a menudo el ejemplo de las relaciones humanas para hablar de la práctica del islam.

Decía si quieres a alguien lo das todo, le das tu tiempo, tu bondad y tus atenciones.

Cuidas la relación.

Con Dios es lo mismo, no puedes amarLo sin probárSelo.

Concebí mi relación con Dios como una relación completa, hecha de compromiso, amor, confianza.

Enseguida entendí que no podía amar a Dios sin conocerlo, menos aún hacer del islam mi religión sin tener conocimientos serios.

Debía amar a Dios y el islam para conseguir practicar con voluntad y amor y no por obligación.

Encontraba justa esa manera de tejer lazos con la religión, pero a la vez no sabía muy bien cómo implicarme en eso que se entiende «una relación», cómo canalizar ese ímpetu, dónde situarme en ese «probar que se ama».

Antes, me parecía peligroso decir las verdades.

Durante mucho tiempo pensé que las cosas se sienten, no se revelan.

Restos de mi educación: revelar por detalles, pero sin decir

nunca nada.

Me llamo Fatima Daas.
He estudiado tres años de filosofía.

Mi madre decía a menudo que no hay que intentar entender, ni hacerse demasiadas preguntas o cuestionarse uno mismo.

Si Dios dice algo, no hay que esperar, hay que hacerlo. Hay que obedecer. Durante mucho tiempo eso no me parecía un problema. Era la religión de mis padres, la religión buena, la mía.

Seguí el modelo al pie de la letra: hacer lo que se aconsejaba, sin dejar que planeara ninguna duda.

Superada por los diferentes flujos del pensamiento, acabé haciendo más caso a Descartes que a mi madre. Había decidido reaprender la religión por mí misma, renacer.

Durante mis estudios, acudo regularmente a la mezquita que se encuentra a novecientos metros de mi universidad.

Un día me confío a una extraña.
Lleva un velo negro que le cae por los hombros.
Está sentada a horcajadas.
Acaba de terminar su oración.
Le asoma el dedo gordo del pie por un agujerito del calcetín.
Al acercarme a ella, siento el olor del almizcle.

Eso me recuerda a mi madre.

Dos mujeres en el otro extremo de la sala charlan en voz muy baja.

Una de ellas tiene un Corán en las manos.

La otra, tumbada en una alfombra de oración, acaricia a su hijo.

Estoy preparada.

—*Salam aleikum ojti.*

—Hola, hermana.

Estoy a punto de explicarle la historia de mi amiga:

Hace sus cinco oraciones al día, come halal, no bebe.

Evita mentir, pero prefiere a las mujeres.

Finalmente, acabé por decirle más o menos todo eso.

Añadí que mi amiga lleva velo y que es marroquí.

Dije todo eso como para decir ¡no soy yo!

Lanzo ojeadas a las dos mujeres y al niño dormido, para estar segura de que nuestra conversación se encuentra bien protegida, para estar segura de que mi potente voz de argelina no se oye demasiado.

La extraña dice que «no es grave», que eso sucede, y más a menudo de lo que pensamos, a personas que no tienen «muy buena relación» con su padre. Dice que la puerta de la redención está abierta, que Allah es misericordioso.

—Solo una cosa, tú no debes convertir el *haram* en *halal*.

Había dicho «tú», me temblaron las piernas.

Me pasé la lengua húmeda por el labio inferior, que me mordí justo después.

Se corrigió. Demasiado tarde. Nos sentimos incómodas.

—Tu amiga, perdón, lo siento mucho, de verdad. No debe convertir en lícito lo ilícito. Que Allah la envuelva con Su gracia divina y le dé fuerza y valor, que haga para ella un milagro y le encuentre un hombre que posea cualidades femeninas.

Le di las gracias, dije que llegaba tarde a clase y que tenía que irme. Notaba que me había puesto colorada. Yo que había tomado la decisión de no sonrojarme nunca.

He repetido mil veces la experiencia, creyendo encontrar así respuestas a mis preguntas, con la esperanza de que alguien elija en mi lugar.

Me llamo Fatima Daas.

Mis padres son musulmanes, pero no recuerdo haber recibido una enseñanza religiosa particular durante mi infancia.

No fui a ninguna mezquita, mis padres no nos dieron clases en casa, solo algunas pláticas ocasionales ya de adultas.

Esas pláticas, cuando tenían lugar, estaban a cargo de mi padre.

Ahmed.

Mis hermanas y yo nos encontramos en el salón, sentadas en círculo alrededor de una mesa con un mantel de flores.

Mi padre se sitúa frente a nosotras, pone su café en la mesa y se instala en su sillón preferido.

Elige un tema, dice *Bismillah*.

Después, dice a cada una de nosotras lo que le falta para ser mejor musulmana.

Estos momentos no están destinados a aumentar nuestros conocimientos del islam.

Lo que dice mi padre ya lo sabemos.

Creo que nunca se ha dicho nada en mi familia.

El silencio era el medio de comunicación menos codificado.

Mis padres no me dijeron quién era Dios antes de hablarme del islam.

Así que acabo por aprender sola a conocer a Allah.

Me llamo Fatima Daas.

Tengo diecisiete años.

Me encuentro con Hugo debajo de su casa.

Es tarde.

Sé lo que voy a buscar.

Él quiere lo mismo que yo pero no por las mismas razones.

Tiene los ojos de color marrón claro y una nariz que ocupa mucho sitio.

Nos tumbamos en su cama.

Me acaricia el pelo.

Me habla del día que ha tenido, pero yo no lo escucho.

Empiezo a desnudarlo.

Por fin se decide a ponerse encima de mí.

Me dice: «Fatima, vas a flipar».

Intento dejarme llevar con un hombre más mayor que yo al que no consigo desear.

Me llamo Fatima Daas.
Soy la *mazozia*.
La más pequeña.
Esa para la que no estaban preparados.

A los veintitrés años oigo a mi madre que dice a mi hermana Dunia que dos hijos es suficiente.
Insiste: «Yo quería pararme después de Hanan».

Estoy sentada en la parte trasera del coche.
No participo en la conversación.
Hago como si no hubiera oído nada.
Me pongo los cascos sin que se note, sin gestos bruscos.
¡Demasiado tarde! Dunia reacciona.
Me mira por el retrovisor.
—Tenemos realmente mucha suerte contigo, no me imagino qué sería de nosotros sin ti.
Lo dice con una sonrisa.
Suelto una broma para disimular mi malestar.
Incluso con la intervención de mi hermana, mi madre no se desdice. Solo añade:
—Es el *mektub*.
El destino.
Por la noche escribo con tinta negra en una libreta roja: *Soy un error, un accidente*.

Me llamo Fatima.
De adolescente, soy una alumna inestable.
De adulta, soy una superinadaptada.

A los trece años, insulto a mi profesora de matemáticas, la señorita Relca.
Tiene veintitrés años.
Acaba de pasar la oposición.
Es su primer año en Clichy-sous-Bois.

La primera vez que me cruzo con la señorita Relca por los pasillos, pienso que es una alumna nueva.
Lleva *short*, camiseta blanca y chaqueta negra.
Suelto una carcajada cuando veo que entra en el aula 406.
Deja su gran bolso negro, se quita la chaqueta y se presenta.
Nos miramos todos con el mismo aire de complicidad.
Sabemos que vamos a organizar un *zbeul*, un follón.

Yahya mira de arriba abajo a la señorita Relca.
Yo ya sé en qué está pensando él.
Todos los chicos de la clase, que suelen ponerse al fondo del aula, están en primera fila.
En plena clase, Yahya suelta un chiste verde.
Es expulsado.
No volvimos a ver a la señorita Relca en *short*.

Me llamo Fatima Daas.

Soy una camella adolescente.

De camino a la escuela, observo a los chicos.

Me encuentro mejor.

No sé qué es eso de ser un chico, un hombre.

Ni tampoco ser una mujer, de hecho.

Mi madre soñó durante mucho tiempo que por fin me convertía en una.

No me gustan los chicos pero sí sus accesorios.

Tengo características masculinas que intento suprimir porque mi madre las odia y porque todo el mundo me recuerda sin parar que soy una chica.

Lo que desea toda joven es estar con un muchacho generoso, educado, viril, que infunda seguridad, protección.

Así que busco el problema en mí.

A la vuelta de un viaje, mi madre me deja tres joyeros encima de mi mesa.

No me fijo enseguida al entrar en mi cuarto.

Están escondidos entre el aceite de argán y una barrita de cereales Chips Ahoy que lleva meses en mi mesa.

En uno de los joyeros hay rosas dibujadas en una cuadrícula roja y blanca.

El segundo joyero es cuadrado con un lazo marrón pegado en un costado. Y el último, el más bonito de los tres, es rojo, sencillo y rojo. Me lo imagino inmediatamente como un minicofre del tesoro.

Abro el primer joyero.

Hay un anillo en el interior.
Un anillo de oro con una pequeña flor.
No es mi estilo en absoluto.

Me gustaban los anillos, los «anillos de hombre», de plata.
En árabe se llaman los anillos *fedda*.
Mi padre y mi tío llevaban uno.
Más tarde, llevaré un anillo *fedda* en cada dedo.
Abro el segundo joyero, el tercero.
Es oro. Son dos pulseras de oro.
La primera con unos corazones, la segunda con unas flores.
Me siento como una adulta que se convierte en niña mimada con retraso.

Me esfuerzo por pensar que me hace feliz que mi madre me haya dado una sorpresa. Sin embargo, no es nada sorprendente, mi madre solo desea que me mantenga en mi rol de chica, que me guste lo que me tiene que gustar, que haga lo que hacen las chicas, que me identifique, que me reconozca como chica.

El regalo es bonito, ese es el problema, pensé una y otra vez.

Me llamo Fatima.
Mi nombre es el de un personaje sagrado del islam.
Tengo un nombre que debo honrar.
Un nombre que he ensuciado.

Cojo la línea I del metro, me bajo en Neuilly-Porte Maillot.
Cuando salgo del metro, paso por la Place de Verdun, no miro el GPS, sé que tengo que torcer a la derecha en un momento dado para llegar a la Rue de Chartres.

Miro a la gente que deambula por todas partes, me digo que es un barrio muy burgués. Los tipos en traje y corbata que andan con la cabeza muy alta y te dan un empujón para pasar delante de ti por las aceras estrechas, en Clichy los llamamos bufones, super ceñidos en sus camisas, no estoy muy segura de que respiren bien.

Odio este lugar, pero me gusta la mujer que trabaja aquí.
Acabo de cumplir dieciocho años. Ella tiene treinta y dos.
Llego delante de la tienda. Son las cinco de la tarde.
Ingrid charla con una clienta.
Es morena, unos cuarenta años. Quiere unos mocasines rojos.
Me imagino a Ingrid con unos mocasines rojos.
Ingrid lleva una camisa blanca y un vaquero negro Levi's.
Me fijo en que le falta un botón a la altura del pecho.

Aquí, estoy segura de no cruzarme con ningún conocido.

Oigo el ruido del lavabo en la pequeña habitación de al lado.
Es un lugar pequeño, huele a cartón, a cerrado.
Este espacio no dice nada de lo que somos, de lo que formamos.
No oficializa nada.
No dice nada de mí.
No dice nada de nosotras.

Me meto hasta el fondo de la tienda.
Finjo buscar mi talla.
No hay nada que me guste.
La clienta se va, Ingrid me hace una seña para que acuda a la trastienda. Entra detrás de mí, se coloca junto a la ventana. Me acerco.

—¿Has perdido un botón o qué?
—¡Para! ¡Vete a buscar una silla en lugar de enredar!
Pegamos dos sillas al radiador.
Miramos juntas por la ventana. Da a un patio.
No hay nadie.
Ingrid pone música, para apagarla unos minutos después.
No me mira. Mis ojos recorren su cara.
Hay cajas de cartón amontonadas alrededor nuestro.
El olor de Ingrid se mezcla con el del calzado.
Le acaricio el pelo.
Ella me pide que lo deje. Obedezco.
Abre la ventana, enciende un porro y yo me alejo para mirarla.
Me pide que me aproxime.
Permanezco quieta un momento.
Me acerco, retiro las sillas que nos separan.
Le desabrocho la camisa mientras la miro.

—¡Deja de mirarme así! ¡Me estresas!

Se da la vuelta. Mis dedos impacientes retiran la camisa. La dejo encima del radiador.

—¿No tengo derecho a mirarte, Ingrid?

Le acaricio los hombros.

Mi lengua lame sus pecas.

Su piel sabe a vinagre.

Redibujo su columna vertebral.

Estrecho su cintura mientras la beso.

Se oye un timbre. Se dispara una señal cuando entra un cliente en la tienda. Ingrid se va y luego vuelve.

Coge su teléfono, creo que está mirándose.

Yo pienso en su hijo.

Me pide que vaya a dormir a su casa esa noche.

—Te haré cosas. El sexo es compartir, Fatima, deja de darle demasiadas vueltas a la cabeza todo el tiempo.

Explico a Ingrid que tengo demasiadas cosas en el coco.

Ese día acabo las frases por «y punto».

Ingrid me pide que me desahogue con ella, que le hable de mí, que le cuente qué es lo que me bloquea. No lo consigo.

—Estás completamente bloqueada y esperas que los demás se abran a ti.

Ha dicho «bloqueada». Le daré vueltas sin parar a esa palabra durante una semana. Bloqueada: cerrada, obstruida, limitada, incapaz de pensar… bloquear, obstaculizar el paso de algo, impedir…

Cojo la mano de Ingrid, le doy un beso.
Salgo de la tienda.

En el metro, busco desesperadamente los cascos en el fondo de mi tote bag. Está todo desordenado: gafas de sol, *kleenex* desparramados, barra de labios, novela arrugada, el abono transporte, el Ventolin.

Por fin localizo los cascos, me los pongo. Subo el volumen al máximo.

Lil Wayne, Tha Carter IV.
Life is the bitch, and death is her sister.

En el camino, recibo un mensaje de Ingrid: «Lo siento».
Releo el mensaje al menos cuatro veces.
Acabo suprimiendo el número de Ingrid, pongo el teléfono en modo avión y me lo meto en el bolsillo trasero del vaquero.

Apago la música.
Pongo el Corán.

En casa, mi madre está harta de oír rap americano durante todo el día.
Bajo el volumen porque me parece irrespetuoso.
Cada vez escucho menos el Corán.
Prefiero la música.

Me llamo Fatima Daas.
Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.
Tengo un nombre musulmán.
Así que tengo que ser una buena musulmana.

Acudo con frecuencia a la mezquita de Sevran.

Entro en la sala de oración, me encuentro con el imam sentado en una silla. No hay nadie, así que aprovecho para preguntarle si puedo hablar con él.

Es ramadán. Tengo la garganta seca, imagino que él también.

El imam tiene una barba larga y pelirroja, y unas gafitas discretas.

Lleva un *qamis* blanco. Le da un aire de pureza.

No me mira.

Su mirada está fija en sus pies embutidos en unos calcetines blancos que le suben hasta los tobillos.

—Tengo una amiga lesbiana musulmana. Todo el mundo piensa que eso no existe. Quiero decir ser musulmán y homosexual. Le han dicho que la homosexualidad es un fenómeno social, una noción occidental que no está adaptada a las personas musulmanas. Quería saber su opinión, cómo aconsejarla, cómo hacer para que no se sienta excomulgada.

Después de escucharme largo rato, Barbarroja me contesta. Tiene una voz dulce.

—Existen cristianos homosexuales como existen lesbianas musulmanas. Dios sabe más que nosotros, y nosotros no sabemos nada. Dios ha creado los pecados sabiendo que pecaríamos. Pero la homosexualidad está prohibida en el islam, hay que apartarse de ella. Su amiga debe multiplicar las invocaciones, seguir practicando y hacer más aún. Orar en medio de la noche, ayunar los lunes y los jueves. Dígale que pida ayuda a Dios, que Lo invoque, que se arrepienta. Es su prueba.

Doy las gracias al imam.

Prueba: sustantivo femenino.

Acontecimiento doloroso, desgracia.

Experiencia a la que se somete a una persona que es susceptible de establecer el valor positivo de esa cualidad.

Dificultad que supone un reto al valor de alguien, que provoca sufrimiento en él.

—El matrimonio es la mitad de la religión. Quizá debiera casarse con un hombre y fundar una familia.

Mis pies se retuercen en mis calcetines grises, me rasco la nuca. Empiezo a sudar, no me quito la chaqueta. Intento recomponerme para no parecer que entiendo demasiado bien a mi amiga.

El imam se pone a recitar unas referencias que se sabe de memoria.

Dios dice a propósito del hombre y de la mujer:

«Ellas son un vestido para vosotros y vosotros sois un vestido para ellas». Sura *Al Baqara*.

«Y de todo creamos parejas para que recuerden a Dios».

«Y entre Sus signos está haberos creado cónyuges *azuayen*, para que encontréis en ellos sosiego, y puso entre vosotros amor y misericordia».

—¿Entiende, señora?

No me atrevo a decir que la homosexualidad femenina no se aborda en el Corán. Tampoco me atrevo a decir que solo la evoca explícitamente la historia de Sodoma y Gomorra. Que no se habla de homosexualidad sino de violación de chicos jóvenes por hombres, y no de relación homosexual consentida.

Pienso de nuevo en los *hadiz*, comunicaciones orales de las tradiciones relativas a las acciones y los dichos del profeta Mahoma, así que no digo nada.

Me marcho con el número de un psicólogo musulmán.

Las noches siguientes, las paso recorriendo fórums, leyendo, escuchando a sabios.

Hablo de homosexualidad con mi familia.

A veces me acaloro.

Suelto un chiste un poco homófobo para disimular.

Vuelvo a casa después de mi conversación con el imam.

Me pongo el pijama.

Antes de ir al baño, hago una invocación que me ha enseñado mi madre: *Bismillah, Allahumma inni a'udhu bika min al-khubuthi wa-l-khaba'ith*.

«En el nombre de Allah, Oh Allah, me refugio en Ti de los

demonios masculinos y femeninos».

En casa, cada vez que pasamos por el váter, nos lavamos las partes íntimas con agua, con la mano izquierda, y después nos secamos.

Entro al baño con el pie izquierdo y salgo con el pie derecho.

A la salida, digo:

Alhamdulillah alladhi adh haba annil aza wa afani.

«Alabado sea Allah que ha hecho que me deshaga de las maldades y me ha hecho sana».

En el lavabo, me lavo las manos con Palmolive.

Y digo: *Bismillah Ar Rahman Ar Rahim*.

«En el nombre de Allah el Misericordioso el Compasivo».

Después de esta invocación puedo empezar mis abluciones.

La purificación ritual es obligatoria para hacer la oración.

Me lavo las dos manos hasta las muñecas, tres veces. Verifico cada vez que el agua penetra entre los dedos, y me enjuago la boca, tres veces. Introduzco agua con la mano derecha en mis fosas nasales, tres veces. Me lavo la cara, tres veces, luego el antebrazo derecho, y el izquierdo, hasta el codo. Me paso las manos húmedas por la cabeza hasta la nuca y las llevo hasta la frente. Con el pulgar y el índice húmedos fricciono el interior y el exterior de mis orejas. Finalmente me lavo los pies hasta los tobillos empezando por el derecho. Tres veces.

Me seco mientras digo: *Ash-hadu anla ilaha illa-Allah wa ash-hadu anna Mohammed Rasul-Allah. Allahumma aj'alni min al-*

tawwabina waj'alni min al-mu-tatahhirin.

«Doy fe de que no hay más divinidad que Dios y Mahoma es el mensajero de Dios».

Entro en mi cuarto. Me siento.

Digo *Audu Billahi min ash-shaitanir rajim* mirando al techo.

«Busco refugio en Allah de Satanás, el maldito».

Me dispongo a hacer una oración de más.

Allahu Akbar, Allahu Akbar.

Ashhadu an la ilaha illallah. Ashhadu an la ilaha illallah.

Ashhadu anna Muhammdan Rasulullah.

Haya 'ala as-salah, Haya 'ala as-salah, Hayya 'alal-falah, Hayya 'alal-falah.

Allahu Akbar, Allahu Akbar

Ha ilaha illallah.

«Allah es el más grande, doy fe de que no hay más divinidad que Dios y Mahoma es el mensajero de Dios. Venid a la oración. Venid a la felicidad. Allah es el más grande, no hay más divinidad que Dios».

Estoy de pie sobre mi alfombra de oración. Levanto ambas manos a la altura de los hombros al decir Dios es el más grande. Pongo las manos sobre mi pecho. Recito la primera sura: *Al-fatiha*. Prólogo.

«En el nombre de Dios, el Compasivo con toda la creación, el Misericordioso con los creyentes.

Modas las alabanzas son para Dios, Señor de todo cuanto existe, el Compasivo, el Misericordioso.

»Soberano absoluto del Día del Juicio Final, solo a Ti Te adoramos y solo de Ti imploramos ayuda.

»¡Guíanos por el camino recto! El camino de los que has colmado con Tus favores, no el de los que cayeron en Tu ira, ni el de los que se extraviaron».

Recito una segunda sura. Elijo *Al-ikhlas*:

Qul Huwa Allahu Ahadun
Allahu As-Samadu
Lam Yalid Wa Yarn Yulad.
Walam Yakun Lahu Kufuan Ahadun.

«Él es Allah, uno.
Dios, el eterno.
No ha engendrado ni ha sido engendrado.
Y no hay otro semejante a Él».

Después de eso, digo *Allahu Akbar*, inclinándome. Conservo la cabeza en línea recta y pongo las dos manos sobre las rodillas separando los dedos. Digo *Subhan Rabbi al-Athim*, «Gloria a nuestro Señor, el Todopoderoso», tres veces. Mirando hacia la alquibla.

Me incorporo, levanto la cabeza, tengo recto el busto, levanto las manos a la altura de los hombros mientras digo: *Sami'Allahou liman Hamidah*. «Allah escucha a quien Lo alaba».

Me prosterno. Eso se llama *sujud*.

Allahu Akbar.

De rodillas, pongo las manos en el suelo, de manera que, con la frente, la nariz y la parte de abajo de los dedos de los pies, siete partes de mi cuerpo toquen tierra.

En esta posición, digo: «Alabado sea mi Señor el Altísimo». *Subhana Rabbi Al Ala*.

Me arrodillo de nuevo y me prosterno una segunda vez.

De pie, con las manos en el pecho, mirando a la alquibla, recito *Al-fatiha* y otra sura que me sé de memoria.

La alquibla es la dirección de La Meca, de la Kaaba.

Termino mi oración recitando *Tashahhud la Shahada*. Ahora estoy sentada en mi alfombra de oración, muevo el índice de mi mano derecha de arriba abajo, describiendo un círculo, mientras los demás dedos permanecen plegados.

«Todas las alabanzas, oraciones y palabras puras se deben a Allah. La paz sea contigo, oh, Profeta; también la misericordia de Allah y Sus bendiciones. La paz sea con nosotros y con los justos siervos de Allah. Atestiguo que nadie es digno de adoración excepto Allah y atestiguo que Mahoma es Su siervo y mensajero.

»Oh Allah, llena de bendiciones a Mahoma y la familia de Mahoma, al igual que lo hiciste con Abraham y la familia de Abraham; ya que Tú eres Digno de Alabanza, Lleno de Gloria».

Saludo a mi derecha, luego a mi izquierda diciendo: «La paz, las bendiciones y la misericordia de Allah estén contigo». *Salam aleikum wa rahmatullah wabarakatuh*.

Una vez terminada la oración, imploro el perdón de Dios.

Recito una invocación que completo con mis propias súplicas.

«Oh Allah Tú eres la paz y de Ti viene la paz, bendito seas, Oh Allah, Tú eres poseedor de la majestad y la generosidad. No hay divinidad sino Allah, único, sin asociados, a Él pertenece el reino y la alabanza. Él es sobre toda cosa Poderoso. Perdóname, Dios mío, mis malos pensamientos, mis malas acciones, lo que he podido decir y hacer consciente e inconscientemente. Me refugio en Ti del mal que he cometido, reconozco Tu bendición y reconozco mi pecado. Perdóname ya que nadie perdona los pecados excepto Tú. Solo Tú socorres, solo Tú sabes lo que hay en cada corazón».

Te amo, Allah, eres grande.

Me llamo Fatima.

Creo que comunico mejor que antes. Consigo decir: «Me gusta que me…», «Gracias por…», «Me ha gustado pasar tiempo contigo». Pero aún tengo la impresión de decir de más. A veces expreso mis emociones con distancia y contención. A veces, eso no me lleva a nada. A veces me bloqueo. Me callo. A veces hablo demasiado.

Una noche estoy con mi madre en la cocina.

Está esperando a Hanan, que no debería tardar.

Para pasar el tiempo, vacía el lavavajillas.

Yo acabo de comerme una lasaña.

Me siento en la encimera.

Mi madre me pregunta si he visto a mi amigo Yann hoy.

Le digo que le ha dejado su novio y que prefiere estar solo.

Ella no me pregunta cómo se encuentra.

No quiere saberlo.

Lazim i tub. Debería arrepentirse.

Dudo si seguir con la conversación o cambiar completamente de tema.

Decido afrontarlo.

—¡No entiendo, mamá!

—Ten cuidado con tus amistades. *Hadok nass maderehomch shabak*. Esa gente, no te hagas muy amiga.

Mi madre me lo dice con un tono muy tranquilo, pausado, como

si no fuera más que una advertencia, un buen consejo.

Entonces yo retomo sus términos.

Le digo que no hace daño a nadie, «esa gente».

Como «si esa gente» fuera una especie extraña.

—¡Esa gente se hace daño a sí misma!

Al oírme hablar, me entran ganas, una vez más, de vomitar.

—Dios dice que, o los guías por el buen camino, o te hundes con ellos.

Mi madre ya había dicho esa misma frase en un contexto completamente distinto.

Creo que piensa que la homosexualidad puede ser una influencia.

Intento hacer entender a mi madre que la homosexualidad no es una elección.

Mi madre no quiere comprender que no cambiaré de amistades.

—Dios no condena a nadie. No es injusto.

También yo pienso de verdad que Dios no condena a nadie.

Él es *Al-hakim*. El infinitamente sabio en todos Sus actos. El que juzga, pero que es el más justo y el más juicioso porque es el más sabio.

Miro a mi madre, quiero apaciguarla.

—¿Sabes que también hay musulmanes entre esa gente?

—*Makensh*. Eso no existe. *Machi muslimin*. ¡No son musulmanes!

Me levanto, no aguanto más sentada.

No quiero volver a cruzar la mirada con la de mi madre.

Empiezo a poner en su sitio los vasos que ha dejado en la encimera.

Quiero echarle una mano, pero es demasiado rápida.

En unos minutos ya lo ha colocado prácticamente todo.

Mi madre siente que la conversación me incomoda, así que intenta arreglarlo, en vano.

—Esa gente me da pena, necesita apoyo.

—¿Sabes qué, mamá? No pasa nada. Hoy uno puede ser lo que quiera: violador, asesino siendo musulmán, salvo ser hombre y amar a otro hombre. De entrada, lo eliminan, lo expulsan de la religión. ¿Pero quiénes somos nosotros para interferir en la fe y en la práctica de alguien? Además, ¿no crees que habrían preferido amar a las mujeres?

En ningún momento digo las palabras «gay» o «lesbiana»; digo «ellos» por pudor. De hecho, más tarde me daré cuenta de que nunca he abordado la homosexualidad femenina con mi madre, como si no existiera.

Acabo por cansarme de echar leña al fuego.

Digo a mi madre que empiezo a sentirme mal, que me ha entrado frío.

—Me voy a mi cuarto, pero puedes venir si quieres.

Ella está esperando a Hanan, pero a pesar de eso me sigue.

Hablamos de otra cosa que no tiene nada que ver.

No puedo dejar de pensar en las palabras que me ha dicho.

Me llamo Fatima.

En mi casa se espera al mes de ramadán para cenar en familia.

Una noche, antes de romper el ayuno, mi padre dice que le da igual no haber tenido un hijo varón. Dice también que, al contrario que él, nuestra madre sí habría querido tener uno.

Mi madre no dice nada.

Esa noche entiendo que no era yo lo que esperaban mis padres.

Una hija soñada.

Soy el hijo que no han tenido.

Me llamo Fatima Daas.
Tengo debilidad por la fragilidad.
Debilidad por la hipersensibilidad.

En una fiesta, con Cassandra, me topo con Nina.

Nina está con un grupo de cinco personas.

Cassandra y yo nos hemos encontrado con una pareja de amigas.

A Cass le flipa este espacio.

Le encanta el terciopelo rojo, la carpintería marrón claro y el cincelado.

Vamos y venimos del jardín a la pista de baile. El verano está tocando a su fin. Muchos se quedan en el exterior, con la cerveza en una mano, un cigarro en la otra, hay unas cuantas chicas, todas sentadas en el mismo banco de madera, riéndose, charlando, besándose.

Cassandra y yo bailamos juntas.

No puedo dejar de mirar a Nina por el rabillo del ojo.

Se mueve frenéticamente, con los ojos cerrados.

El juego de luces sobre su cara me perturba.

Ahí, en ese instante, no tengo ningunas ganas de estar en ese ambiente.

Nina habla al oído de Thierry.

Y, sin saber por qué, ya empiezo a preocuparme.

Thierry es su amigo, se conocen desde los seis años.

Nina se desliza entre los cuerpos sudorosos que se mueven sin gracia.

Siento que el calor me sube a la cabeza.

Me abrocho la camisa hawaiana mientras miro cómo se va Nina de la pista de baile.

Espero a que se aleje un poco, luego le pregunto a Thierry qué le ha dicho.

Dejo a Cassandra entre la gente. Me acerco a Nina, se ha sentado en una de las banquetas rojas que rodean la pista de baile.

Se hace un ovillo, Nina, con la cabeza entre los brazos, como nos mandaba ponerlos la maestra en la escuela primaria, cuando armábamos jaleo.

Me siento a su lado.

Le cojo la mano.

—¿Estás triste?

Dice que sí con la cabeza.

—¿Quieres que te abrace, Nina?

No contesta, pero se acurruca contra mí.

La envuelvo con mis brazos, pongo una mano en su cadera. Mi mano sube delicadamente.

Puedo sentir su fragilidad. Es palpable.

Está en su espalda, alrededor de su columna vertebral.

Está en sus muñecas, en sus venas que se transparentan bajo la piel de sus antebrazos, en sus ojos huidizos, en su garganta anudada, en sus labios secos y caídos, en su respiración entrecortada.

Nina ha vuelto a hacerse un ovillo, instintivamente, y yo me he puesto a mirarla.

—¿Estás bien?

—Y tú, ¿estás bien? —me suelta ella.

Ha cerrado los ojos. Yo no he contestado.

He acariciado sus brazos haciendo un vaivén de las manos a los codos, de los codos a los hombros.

Estaba tensa peto me daba cuenta de que iba relajándose poco a poco a medida que yo remontaba su columna vertebral hasta la nuca.

La miro durante largo rato antes de redibujar su cara, de acariciar cada uno de sus rasgos.

Me esforzaba por no mostrar ningún deseo.

Nina me susurra al oído:

—¿Por qué no vas con ella?

Hago como que no entiendo lo que quiere decir.

—¿A quién te refieres?

Nina me mira con aire de desprecio, y me dice:

—¿Tú qué crees? ¿A tu novia, Cassandra?

Me llamo Fatima Daas.
Soy la más pequeña de la familia.
La *mazozia*.

Mi profesor de deporte me anuncia delante de toda la clase: No eres mala chica, Fatima, solo te falta cariño.

Me duele la tripa.
Tengo ganas de vomitar.

Me llamo Fatima.

Siento que no me hayan enseñado a querer.

Un jueves por la tarde, insulto a mi profesora de matemáticas, la señora Relca.

Siento calor en la nuca.

Mis manos están húmedas.

Ella no dice nada.

Está ahí, delante de mí, tiesa, como una señal de *stop*.

Recoge sus cosas.

Con una mano en el bolso, a punto de marcharse.

Y yo estoy ahí, frente a ella.

Impotente.

Tengo la impresión de estar ridiculizándome. «La ignorancia es el peor de los desprecios».

En dos minutos, esta frase había cobrado todo su sentido.

Había dos personas con la señora Relca en el aula ese día. Umaima, la chica más alta de la clase, y Rudy a quien todo el mundo conocía como Rud o por el infamante término de *paki*.

Estoy ahí.

Nadie me mira.

Pregunto varias veces a la señora Relca por qué ha dado parte del incidente sobre mí a mis espaldas, sin decirme nada.

Nadie contesta.

Me acerco cada vez más a la señora Relca.

Alzo la voz.

Umaima se interpone entre nosotras.

Daba la impresión de que iba a soltarle una hostia.

No sé si quería soltarle una hostia.

No sé si lo habría hecho, de no haber estado Umaima entre nosotras.

Trato a la señora Relca de puta al salir del aula.

Elena, una bedela, me pone la mano en la boca, como para impedir que cometa una tontería.

Ya está hecha.

Bajo al patio.

Me hago un ovillo, en una esquina.

Enfrente hay un cristal, puede verse la enfermería.

Unos alumnos vienen a verme.

Me preguntan si estoy bien.

En el fondo del patio, un chico y una chica se pegan.

Me levanto, pego un puñetazo contra el muro que está detrás de mí.

Suena el final del recreo, tengo la mano ensangrentada.

Vienen a buscarme.

He sido convocada al despacho de la señora Salvatore.

Voy a verla.

La señora Salvatore se quita las gafas, parece la señora Tronchatoro de *Matilda*.

Me dice que me siente. Obedezco.

A mi derecha está la señora Relca, de pie, con los brazos cruzados.

La señora Salvatore no me pide mi versión de los hechos.

No le sorprende que vuelva a estar en su despacho.

—¡Te voy a poner de patitas en la calle en me nos que canta un gallo!

Me llamo Fatima.

Busco una estabilidad.

Porque es difícil estar siempre fuera, fuera de los demás, nunca con ellos, fuera de la propia vida, fuera de lugar.

Nina me invita a entrar en su casa, excusándose.

Le digo que he visto cosas peores.

En casa de Nina hay un pequeño pasillo de dos metros que conduce a su dormitorio. Ahí hay una cama deshecha, debajo de la cama colillas, en su mesa de trabajo una tele rodeada de libros.

Hay una guitarra junto a un montón de ropa tirada.

Me siento rara en casa de Nina y al mismo tiempo me siento bien.

Hay algo reconfortante en ese desorden, como si encontrara mi sitio, como si de alguna manera fuera un poco mi interior.

Tengo la pretensión de pensar que voy a poner orden en la vida de Nina, cuando ni si quiera lo hay en mi vida, cuando ni siquiera soy capaz de ordenar mi habitación, hacerme la cama, cuando a mis años sigue siendo mi madre la que se ocupa.

Con Nina a mi lado, me siento menos rara. Menos loca. Menos bloqueada.

Son las siete y media.

Por fin nos acostamos.

Nina pone un video en su tableta, dice que eso la ayudará a dormirse.

Apoya una mano en su corazón y otra sobre las costillas.

—¿Estás aquí porque no te va bien con Cassandra? ¿Estás conmigo porque también a ti van a darte puerta? ¿Por qué no te has ido con otra, por qué no has pillado con otra esta noche? ¿Has avisado a Cassandra, al menos? ¿Le has dicho que nos íbamos juntas?

No contesto nada a Nina.

Me quedo ahí mirándola con mi aire de pasota que no pasa en absoluto. Cuanto más la miro más pienso en *La vida material*.

En lo que dice *Marguerite Duras*.

> *Creo que el amor va de la mano con el amor, no puedes amar por tu cuenta, no creo en eso, no creo en los amores desesperados que se viven en solitario. […] No es posible amar a alguien a quien no le gustas en absoluto, a quien aburres totalmente, no creo en eso.*

Nina tiene el edredón hasta el cuello.

Siento que su mirada me atraviesa.

—¿Sabes, Fatima? No puedo ofrecerte lo que quieres. En pareja, soy melancólica y callada. En realidad, no tengo nada que ofrecer.

—¿Sabes, Nina? ¡Hablas por todos los demás menos por ti!

—¡Y tú, Fatima, solo me quieres porque te digo no!

Oír esa frase me saca de quicio, sin duda porque encierra una verdad, pero no consigo saber de qué verdad se trata.

Entiendo en ese instante que no conseguiré a Nina y que al mismo tiempo seguiré deseándola.

Me llamo Fatima.

Soy una pequeña camella asustada.

La señora Salvatore coge un teléfono que se encuentra debajo de un montón de folios en blanco.

Imagino que llama a mi madre.

No contestan.

Les había dado un número falso.

—¿El número de tu padre?

—No me lo sé.

Contesto sin mirarla.

La señora Salvatore se levanta y sale, deja la puerta entreabierta.

Me encuentro a solas con la señora Relca en el despacho.

—Ni siquiera estoy enfadada, Fatima, solo decepcionada.

No digo nada.

No puedo hablar.

¿En qué está pensando cuando me dice eso?

Quizá en mi madre a la que voy a decepcionar una vez más.

Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Yo la fulmino con la mirada.

La señora Relca no quiere que yo pase por un consejo disciplinario.

La señora Salvatore me dice que tengo suerte.

Yo no era lo que se dice una «mala alumna».

No entendía por qué querían que me fuera, expulsarme, ponerme de patitas en la calle.

Deshacerse de mí, como de un viejo par de zapatos.

O puede que fuera yo la que quisiera marcharse.

Unos días después de insultar a la señora Relca, veo aparecer por el colegio a mi madre y a Hanan.

La señora Salvatore nos deja pasar y cierra la puerta.

Dice que me comporto como un chico, que me estoy torciendo.

Me siento avergonzada.

No sé qué exactamente, pero hay algo en las palabras de la señora Salvatore que me molesta.

Quizá sea que me da vergüenza que me tomen por un chico.

Me da vergüenza que me recuerden, delante de mi madre, lo que no soy.

Me llamo Fatima Daas.
Sé enseguida cuándo una persona va a marcar mi existencia.
A veces, me pregunto si no soy yo la que decide.
Necesito controlar.
Necesito controlarme.
Necesito controlar todas mis emociones.
Necesito controlar al otro.

Cuando Nina me hace preguntas sobre mi familia, me sorprendo al ponerme a hablar, y luego me callo de repente.
Me inmovilizo.
Me quedo mirando fijamente una mancha de humedad.
Una mancha grasienta aflora a través de la pintura aerifica en el techo.
Mi padre me había enseñado que la pintura al agua no bloquea las manchas de grasa, que acaban por aflorar a través de esas pinturas que a todo el mundo le parecen milagrosas.

—Tienes la impresión de dar demasiado.

No hay ninguna entonación en la frase de Nina, así que no contesto.
No quiero decirle que no hablo de mi familia.
No quiero decirle que mi madre me ha enseñado desde muy joven a dejar los problemas en casa, que tiene fobia al *bara*, al

exterior.

No puedo decir realmente quién es mi madre, quién es mi padre.

No puedo decirle que mis padres siguen juntos a estas alturas sin saber por qué motivo, que con mis hermanas hemos pasado años intentando convencer a mi madre de que lo abandonara, pero que nuestro deseo no se ha visto cumplido.

Que mi madre no ha cumplido ese deseo porque pensaba que eso destruiría la célula familiar.

Era por nosotras, por «nuestro bien», por eso seguía casada.

Tampoco podía decirle que a los dieciséis años mi hermana Dunia se escapó de casa por primera vez, que la violaron, que esa misma noche mi padre le dijo *hchuma*, vergüenza.

Mi hermana era la vergüenza de la familia, ella se lo había buscado.

A pesar de todo, le dije que habían violado a mi hermana.

Sin contarle la reacción de mi padre ni todo lo que sucedió después.

No solo tuve la impresión de «dar demasiado» a Nina, tuve la sensación de traicionar un secreto de familia que me daba bastante vergüenza.

Después de aquello solo dije que no quería que habláramos de mí.

No insistió.

Nina sabía cómo tratarme.

Hubo un largo momento en blanco, pero no era uno de esos momentos incómodos.

Ella tenía una sonrisita maliciosa en la comisura de los labios, yo la veía venir.

—¿Son lesbianas, tus hermanas? ¿Habéis hecho cosas entre vosotras?

Soltó una carcajada.

Yo también me reí.

Me parecía que tenía un humor muy hardcore, muy peculiar, siempre.

Se esboza una sonrisa en los labios de Nina, pienso para mis adentros que es magnífica. Y me duele no poder decírselo, por una vez que estoy dispuesta, dispuesta a hablar, a comunicar, a hacer esas cosas que no supe cada vez que Ingrid me pidió que hablara, cada vez que hubiera tenido que tranquilizar a Gabrielle.

Cuando digo hasta luego a Nina me da la impresión de que nos decimos hasta nunca.

Ibn al-Qayyim al-Jawziyyah escribió en *La medicina de los corazones*:

> *No hay en el mundo nadie más desdichado que el enamorado, aunque encuentre gusto a la pasión. Lo ves lloraren toda situación, por temor a ser separado de sus bienamados o por deseo de encontrarse con ellos. Lejos de él, llora porque los echa de menos. Cerca de él, llora por temor a la separación. A lágrima viva en el momento del encuentro y a lágrima viva en el momento de la separación.*

Me llamo Fatima Daas.
Soy francesa de origen argelino.

Cojo el avión por primera vez a los trece años.
Mi madre y mi padre tienen miedo a la altitud.
Una vez instalados a bordo, mis hermanas y yo, recibimos un librito rojo.
En su interior, una invocación que hay que recitar al partir.

«Te pedimos por la rectitud y la piedad en este viaje nuestro, y Te pedimos actos que Te complazcan. Dios nuestro, facilita nuestro viaje y permítenos cubrir su distancia rápidamente. Dios nuestro, Tú eres el Compañero en esta jornada y el Sucesor sobre nuestra familia. Dios nuestro, me refugio en Ti de las dificultades del viaje, de sufrir un cambio en el corazón, de caer en un problema peligroso, y busco refugio en Ti de un mal destino en mi riqueza y mi familia».

En el aeropuerto, nos espera gran parte de la familia.
Las dos familias están mezcladas, la de mi madre y la de mi padre. Mi madre me indica con la mano dónde se encuentran mis familias diciendo *Raketchufihom*.
—¿Los ves?
Descubro una muchedumbre, brazos que se estiran para decir hola.
Oigo risas.

Veo a un niño a hombros de un hombre calvo.

Tengo la impresión de que le falta una pierna.

Sonrío tontamente.

A medida que avanzamos, no puedo dejar de observar a las familias que nos rodean para saber cómo reaccionar cuando haya recorrido esa línea recta y me encuentre frente a los míos.

Tomo por modelo las familias que se saludan, sin saber que cada encuentro es único.

Una barrera gris nos separa de mi familia de Argel.

Estamos nosotros: los turistas que llegan del país que conocen bien.

Y luego están «ellos»: mi familia.

Ellos hacen cuerpo.

Forman un conjunto lógico, con el mismo sistema de pensamiento de una familia a la otra, las mismas perspectivas, los mismos proyectos, los mismos miedos y los mismos deseos.

En Argelia, Francia es a la vez una basura y el paraíso.

Me llamo Fatima Daas.

Soy musulmana.

Tengo cita con el imam Kadir a las dos de la tarde en la Gran Mezquita de París.

Llego.

Llego antes de tiempo.

Me hace esperar diez minutos delante de su despacho.

Está aún con la cita anterior, una chica joven a quien he entrevisto al abrir la puerta antes de que él me pidiera que esperara.

No es muy alta, un poco pálida.

Una vez cerrada la puerta, no puedo dejar de imaginarme su cabello bajo su velo azul: una melena corta rubia polar.

Me llamo al orden enseguida.

Estás en la mezquita, Fatima.

Estoy de pie, delante de la puerta.

Con las manos en los bolsillos.

Me pregunto qué se dice en el interior.

Me sorprendo pensando en Dunia.

Cuando estábamos en Saint-Germain, ella se ponía a escuchar tras las puertas de nuestros padres.

Ando por el pasillo imaginando, como Dunia, varios guiones. La chica de la melena corta rubia polar desea convertirse a la religión musulmana.

Tiene preguntas sobre la herencia en el islam o ha decidido divorciarse.

Es un cliché decirse que está casada.

Me llamo Fatima Daas.
Soy la hija de Ahmed Daas.

El cielo de Argel está despejado.
Hace un tiempo seco, un calor asfixiante.

Los primeros días descubro el pueblo donde creció mi padre.
La carretera que lleva a la casa de mi abuela.
Una carretera sinuosa, unas aceras demasiado estrechas y destrozadas.
En el camino, esquivamos basuras tiradas por el suelo.
Los niños corren por todas partes y pasan entre nuestras piernas.

A unos pasos de la casa de mi abuela, durante mi estancia, varios comerciantes me llaman para saber si soy la hija de Ahmed Daas.
Nadie me había dicho nunca que me parecía a mi padre.
No conozco a nadie. Me reconocen.

Argelia es un país musulmán.
Se oye, cinco veces al día, *Al-adhan*, la llamada a la oración.
Al salir de casa de mi abuela paterna veo a unos hombres que se dirigen hacia la mezquita del pueblo, vestidos con *qamis*: larga túnica que llega hasta los tobillos.
En la casa de Dios, el viernes, las mujeres son menos numerosas

que los hombres.

Me llamo Fatima Daas, soy una pequeña camella destetada.

En Argelia soy la nieta perfecta.

La que mira al suelo, que no levanta demasiado la voz, que escucha a su madre, que sonríe por todo, que permanece en silencio sin por ello parecer tímida o retraída. Tengo conversación pero me preocupo por no tener protagonismo.

En el patio oigo balidos.

No busco saber de dónde vienen esos gritos.

Me digo que deben de venir del exterior.

Dunia me enseña las ovejas detrás de la gran lona azul.

Las miro una por una sin atreverme a acercarme a ellas.

Dunia se acuerda de una fiesta de Aid el Kebir pasada en Argelia cuando era pequeña.

Me cuenta que jugaba en este mismo patio con un cordero al que llamaba *sahbi Vandu*.

Mi amigo Vandu.

Yo pensaba en el cordero que mi padre quería que probara el día del Aid.

Me llamo Fatima Daas.
Nací por cesárea.
En una familia musulmana.

En la Gran Mezquita, el imam debe de oír las mismas historias varias veces al día. Así que intento repetir mi historia pero al mismo tiempo formulándola de la manera más sencilla posible.

Había tenido esta idea al hacer la oración de la tarde, la *asr*, en la gran sala de la planta baja, junto a las mujeres.

Como yo.
Musulmanas.
Como yo.

Ahora el imam puede abrir la puerta en cualquier momento.
Tendré que hablar yo.
La joven del velo azul va a irse.
No me cruzaré más con ella.

El imam cerrará la puerta cuando entre yo. Sentiré una sensación de bochorno.

Tendré que contar la historia de mi amiga lesbiana musulmana.

Me llamo Fatima Daas.

Soy la hija de Kamar Daas.

En la familia de mi madre, varias personas, de una en una, vienen a abrazarme.

Les brillan los ojos.

Cuando mis tías besan a mi madre, lloran, una por una.

Cuando besan a mis hermanas, les cuentan los recuerdos que han conservado de ellas.

Yo contemplo a mis tías.

Había tenido la oportunidad de escuchar sus voces al teléfono pero habría sido incapaz de reconocerlas.

Las llamo por su nombre.

Creo que siento un poco de *hchuma*, vergüenza.

Quiero pasar desapercibida, pero es a mí a quien miran.

Miran a la que ha nacido allí, en Francia.

A la que no conocen en absoluto, a la que llaman Titi.

La que es demasiado grande y demasiado flaca.

Por la noche, en la familia de mi madre, todo el mundo permanece de pie, hasta los más jóvenes.

Nos instalan alrededor de una gran mesa.

Varias mujeres salen del salón pero vuelven con una bandeja.

Intentan, cada vez, hacer sitio en la mesa.

Me da miedo que se caiga algo, hacer yo un falso movimiento, romper un vaso, no vayan a creer que soy una niña torpe.

Tengo muchísimo calor pero no me atrevo a beber nada.

—*Darek hna, dar manek, dar ymek, ma tkhechmech.*

—Esta es la casa de tus abuelos, de tu madre, tu casa, no debes sentir vergüenza.

Creo que no siento vergüenza.

No estoy acostumbrada a comer delante de una asamblea de personas.

En casa cenamos a horas diferentes, rara vez juntos.

Mi tía Zara trae un tayín *zitun* que pone encima de la mesa. Nos han invitado a comer una receta argelina todos juntos, sin platos ni cubiertos. Es mi primera vez en Argelia.

Mi primera verdadera comida en familia.

Al final tenemos derecho a unos pasteles de todos los colores, rosas con almendras, marrones con miel, acompañados de un té con menta delicioso.

Varios miembros de la familia me repiten que soy la *mazozia*, la más pequeña.

Me gusta la sonoridad de la palabra *mazozia*, antes incluso de saber lo que quiere decir.

Mi familia desconocida me acoge bien.

Mis tías son «táctiles». Mis padres lo son menos. O nada.

Descubro los primeros abrazos, los besos, las caricias, los piropos, las palabras tiernas.

Paso las tardes visitando la ciudad, la naturaleza, los pueblos, las noches charlando con mis primas que me cuentan anécdotas que

ellas ya han oído y repetido un millón de veces.

Me gusta la calidez argelina.

La echo de menos cuando vuelvo a Francia.

El imam abre la puerta sin una sonrisa. La mujer se va.

Me desea la bienvenida. *Marhaba*.

No se presenta pero me propone con cierta cordialidad que me instale señalándome una silla que está frente a su mesa.

No sirve ni café ni té.

Me digo que en su casa seguro que recibe bien a sus invitados.

El imam Kadir parece alguien bien organizado, generoso.

Encima de la mesa tiene carpetas amontonadas, un marco con una foto de él y su familia en La Meca.

Me vienen a la mente las palabras de mi mejor amiga, Rokya:

«Solo en las fotos somos felices».

Tiene pegados unos *post-it* rosas y amarillos en el ordenador.

Por curiosidad intento descifrar su letra, pero no entiendo nada.

Es la caligrafía de un médico.

No puedo ser indiferente al olor a cerrado.

Me entran ganas de ponerle una vela perfumada de lavanda en la mesa.

Las manchas de humedad en el techo me recuerdan la mudanza.

Los primeros días en Clichy-sous-Bois.

Me lanzo:

—Tengo una amiga a la que conozco desde hace tiempo que tiene un problema. De hecho…

Tengo la impresión de estar en urgencias, con la escritura ilegible del médico.

Ninguna respuesta a las preguntas, solo los hechos, nada más que los hechos.

Términos médicos incomprensibles.

El imam empieza las frases en árabe, las termina en francés.

—*Keina uahda* solución. Es el islam, señora.

El imam también es un doctor.

Es paternalista, repite que hay que tomar en serio el tratamiento y no suspenderlo. Salvo que en este caso tengo la sensación de que voy a pasar a quirófano para operarme, después de lo cual se me anunciará que no han podido hacer nada para salvarme.

—No le gustan demasiado los chicos, de hecho es extraño… no es que no le gusten… es… como…

Entrar en el despacho del imam es como entrar en el despacho del director del colegio. He cometido una falta, un error, voy a recibir un castigo.

Tengo que encontrar lo más rápidamente posible una manera de legitimar mis actos, una manera de excusarme y de prometerme que no lo volveré a hacer.

Durante todo el tiempo que dura mi conversación con el imam, miro fijamente una pequeña estantería blanca que se encuentra a la altura de su hombro.

Eso me permite evitar su mirada.

—Los chicos son amigos para ella… hermanos… de hecho… prefiere a las chicas…

En la estantería hay unos cuantos libros.

Un Corán de tapas rojas.

Me llama la atención un libro bastante grueso que lleva por título: *Goza de tu vida*.

—Le gustan las chicas… Pero, de hecho… no como amigas, le gustan, le gustan mucho, ¿entiende? Después, con su padre… hay tensiones también… así que… yo me digo… puede que tenga… ¿Cómo diría yo? Algo en plan… ¿algo que ver?

El imam se tira de la barba cada vez que va a hablar.

¡Otro desorden obsesivo compulsivo!

Uesh rah dir haya mal. Ella no sufriría *luken kenet dart haya mlekha*. Lo que hace está mal. Ella no sufriría si fuera un bien para ella.

El imam añade:

—Dios creó a Adán y Eva, y no a Eva y Eva. Después del matrimonio igualitario, se aceptará el matrimonio con los animales o con los niños.

Por la noche, ya tarde, me repito las palabras del imam en la cama.

Ayuno lunes y jueves.

Rezo dos veces más que de costumbre.

Escucho el Corán.

No me veo con ninguna mujer.

No me veo tampoco con ningún hombre.

Tengo esa frase en la cabeza, que me repito constantemente:

Adora a Dios como si Lo tuvieras frente a ti. Si tú no Lo ves, Él, seguro, te ve a ti.

Lloro, prosternada, ante la inmensidad de Dios.
Tiemblo recitando las aleyas.

«Dios mío, concédeme tu misericordia. En Ti confío».

Suplico a Dios que me guarde junto a Él.
Allah tiene noventa y nueve nombres.
Le suplico citando Sus nombres más hermosos.

Ar-Rahman, el Misericordioso; *As-Salam*, la Paz, la Seguridad, la Salvación; *Al-Gahaffar*, el Perdonador.

Dios dice: «Si un siervo se acerca a Mí un palmo, Me acerco a él un codo. Si se acerca a Mí un codo Me acerco a él un brazo. Si viene a Mí caminando voy a él corriendo».

Digo mi amor en voz queda, con los ojos llenos de lágrimas, la voz temblorosa, el corazón en un puño. Juro no volver a hacerlo, estar a la altura, alimentar mi fe, cultivar mi fe y mi adoración.

Juro sin prometer.

Sin embargo, está esa voz detrás, que lo invade todo.

Es como si fuera una parte de mí, no, algo más fuerte, más grande, mi doble. El doble al que es imposible hacer callar.

Esa voz es mi *nafs* —mi alma— que me incita al «mal».

Me llamo Fatima.

Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.

Es el nombre de una argelina.

Tengo veintidós años, vuelvo a Argelia después de tres años de ausencia.

En la casa de la familia de mi padre.

Nos reunimos para charlar en el salón.

Se habla de la vecina, a la que vieron ayer por la mañana, llevando un vaquero «demasiado ajustado». Se habla de Bilal, que ha pasado seis meses en la cárcel, y de su madre, que se siente superada.

Se habla de un tío que visita a su madre sin llevarle nada.

Ni siquiera un kilo de plátanos.

Me preguntan cómo van mis estudios, qué oficio quiero hacer el día de mañana, si me gustaría quedarme definitivamente en Argelia.

Digo justo en qué año de la carrera estoy, con eso basta, de todas formas nadie quiere saber más.

No hablo de mis tres reorientaciones, de mi año de paro…

No quiero avergonzar a mis padres.

«¿Y el velo? ¿Vas a ponértelo? ¿Y por qué no te has casado aún? No esperes mucho, los hijos, es mejor tenerlos pronto».

A veces tengo ganas de ser yo. De decir lo que pienso.

Pero las palabras de mis padres me invaden.

«¿Qué va a pensar la familia cuando se entere de que…?».
«Nos vas a dejar en vergüenza».
«Van a ir a contarlo por ahí…».
«Te van a sacar cantares».
«Serás la comidilla».
«La gente habla de nosotros».
«¿Quieres ensuciar nuestra imagen?».
Beso la frente de mi abuela paterna.
Lleva dibujos de jena en las manos.
Me agarra el brazo con fuerza.

En cuanto me levanto para irme, me pide que me quede. Antes mi abuela contaba muchas historias, se ha vuelto callada.

No me reconoce, me da las gracias por haber ido a verla y me pregunta cada diez minutos si hemos llegado bien.

—*Manne*, abuela, es Fatima, la hija de Ahmed. Ya sabes, tu hijo, el que vive en Francia…

Entonces, me estrecha dos dedos. Luego cierra los ojos.

Ese mismo año mi abuela sufre un ictus.
Muere cinco días después.
Tiene ochenta y ocho años.

Mi abuela se muere en la camioneta de su hijo.
Vuelve de ver al kinesiterapeuta.
Son las once de la mañana.
Cuando mi hermana Dunia se entera, me envía un SMS: *Manne ha muerto*.
Le pido a Dunia el teléfono de Ahmed Daas. Llamo a mi padre.
Descuelga.

Me pregunta quién soy.

Digo con voz inaudible: «Fatima».

—*Allah y Rahma*, que descanse en paz.

—No he podido llegar a tiempo de ver a mi madre viva, espero al menos verla muerta.

Colgamos, un escalofrío me recorre la espalda.

Mi padre coge el avión a Argel de las cuatro de la tarde ese mismo día.

Pienso en la primera vez que escribí.

Yo no pude conocer a mis dos abuelos.

Están muertos, pero siguen vivos gracias a las anécdotas. Entre las que han podido restituirme en mis viajes, está la del *yinn*.

Cuentan que un día mi abuelo estaba comiendo un trozo de *qalbiluz*, un «corazón de almendra», una tarta argelina.

Mi abuelo, sentado en un banco del cementerio El Kettar de Bab el-Oued, se termina los últimos bocados cuando un *yinn*, un espíritu maligno, se le aparece.

No se sabe bien bajo qué forma.

El *yinn* le pide a mi abuelo que le dé un trozo de tarta.

Mi abuelo, conocido por su generosidad, le informa de que el vendedor se encuentra justo frente al cementerio.

Cuando mi abuelo se disponía a ir a comprarle un trozo de tarta, el *yinn* explota de rabia. Quiere el último bocado suyo.

Cuentan que ese día el *yinn* le lanzó un hechizo.

Mi abuelo paterno murió cuando mi padre era un adolescente.

Mi padre dice que su padre nunca le puso una mano encima, y eso que pegaba a todos sus hermanos y hermanas.

La más mayor de mis tías dice que les pegaba a todos pero que mi padre se habrá olvidado.

Mi padre dice que su padre lo despertaba para comer carne en plena noche.

Mi padre dice que su padre era un hombre de esos que ya no quedan.

Ya adulta, de vuelta a Francia, escribo en una libreta: *Tengo la impresión de dejar una parte de mí en Argelia pero me digo cada vez que no volveré*.

Me llamo Fatima.
Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.
Es un nombre que debo honrar.
Un nombre que no debo ensuciar.

Estoy en casa de mi mejor amiga, Rokya.
Roky, mi magia.
Ella sabe reconocer los momentos en los que su presencia es indispensable y cuándo tiene que dejarme espacio.

Con Rokya hablamos de Nina durante horas mientras comemos todo tipo de chuches. Mezclamos dulce, salado, nos ponemos moradas a bombones.
Es como si siguiéramos teniendo doce años.
—Me pregunto cómo haces para no acabar hasta las narices de mis historias de tías, Roky.
—Deja de llamarme Roky o te rompo esos dos dientes de delante. Así dejarás de ir de guaperas.
—¡Pero si es super *sexy*, Roky!
—No empieces, Fat. No hay historias de tías, solo hablas de Nina. En realidad, igual eres monógama.
Rokya se ríe de su propio chiste. Cuando su sonrisa se abre, se le marcan los hoyuelos.
Es sublime.
Consigue arrancarme una sonrisa.
Siempre lo ha logrado, ya desde el colegio.

—No es que me tengas harta de tanto hablarme de Nina porque es especial. Pero te la imaginas como si fuera Godot. Te juro que no sabe lo que se pierde esa tía, no lo sabe bien. ¿Quieres que te diga la verdad?

No contesto.

Rokya sabe que he pasado a modo silencio.

La escucho.

—Confío en la persona que habrías sido con ella. Confío en la pareja que quieres ser, aunque seas una tía rara. En realidad eres súper rara, Fatima. Hay que admitirlo. Eres torpe, no sabes ni por dónde te da el aire, vas de Donjuana y a veces la cagas pero mucho. Con Nina, no sé por qué, pero sé que habrías sido fiel, paciente, buenaza. No le habrías tomado el pelo. No habrías podido salir corriendo. O sí, y sé por qué.

Rokya hace una pausa, es un poco como si estuviera tomando la temperatura, mi temperatura, como si quisiera estar segura de que estoy lista para escuchar lo que viene.

Estás enamorada.

Te has enamorado de una persona que lleva un peso a cuestas.

No es mala chica, Nina.

Puede que no sea el momento.

Pienso que tiene miedo.

Tiene miedo de que salga bien.

Te tiene miedo, así que se inventa cosas para no confiar en ti.

Eso le da seguridad.

Es ella la que te empuja a buscar otras historias.

Y para ti es violento.

Sé que odias hablar de mérito, pero mereces que te quieran y que te den un montón a cambio de lo que das tú.

Y por mucho que vayas de tía segura de sí misma, todo el tiempo, en plan soy inalcanzable, me la suda todo, no sufro, yo sé que es violento para ti.

Nina no te ha dado bastante, pero te ha ofrecido su fragilidad.

Y la confianza es eso, Fatima.

Se me llenan los ojos de lágrimas, le pido a Rokya que salga de su propio cuarto.

Acepta. Me deja. Cierra la puerta al salir.

Vuelve. Abre la puerta. Asoma la cabeza.

Dice: «Abre la ventana, fúmate un cigarrillo, tranquila, y *cali me* cuando tenga derecho a volver a ser tu colega, *darling*».

Voy a sentarme al borde de la cama de Rokya. Su cama blanca. Ikea.

Pongo Deezer en mi teléfono: Kendrick Lamar, *Love: I'd rather you trust me than to love me. If I didn't ride blade on curb, would you still love me?*

Los cristales están empañados. Me levanto y escribo: *Roky Sexy!*

Vuelvo a sentarme en su cama.

Estiro los dedos como preparándome para hacer algo decisivo.

Rebusco en los bolsillos de mi abrigo. Cojo el teléfono.

Tecleo la primera letra de su nombre en la agenda del teléfono, la segunda, la tercera, la cuarta… hasta que veo aparecer su nombre. Entero. Ante mí.

Nuevo mensaje:

Nina:

Lo borro. Inspiro con calma, como me han enseñado a hacer en la escuela del asma.

Espiro. Vuelvo a empezar.

Nina:

> *Nina:*
>
> *Siento mucho no estar a la altura, sería incapaz de decirte estas palabras de viva voz A veces, hay que escribir, un mensaje, un poema, una canción, una novela, para superar el fin de una historia.*
>
> *He intentado explicarme tus reacciones, tus no-reacciones, tu comportamiento, pero todo sigue confuso.*
>
> *Por mucho que me fuera, siempre volvía, Nina, porque tenía ganas de hacerlo mejor, tenía ganas de respetar tu ritmo, de adaptarme a tus gestos, a tu lenguaje. Todavía había cosas que quería probarte: probarte que eres diferente, que contigo es diferente, que tengo bastantes agallas como para soportar tu sufrimiento, que estoy mucho mejor contigo que sin ti.*
>
> *Me habría gustado que fuera todo más sencillo, Nina. Y tú estás convencida de que no me gusta la facilidad.*
>
> *He tenido la sensación de pegarme contra un muro una y otra vez Me retiro a regañadientes. Y se que te quedarás mirando cómo me voy.*
>
> *Ya no me da miedo decírtelo. Me da igual si flipas. Me da igual si piensas que me estoy pasando y eso te agobia. Tienes*

derecho a aceptarlo o a rechazarlo.

Eres digna de ser amada, Nina.

Me llamo Fatima.
Fatima Daas.
He nacido por accidente, por cesárea.
Mi nombre es el de un personaje simbólico del islam.
Es un nombre que hay que honrar.
Un nombre que no hay que ensuciar.

El día que cumplo veintinueve años, voy a ver a mi madre.
Abro la puerta.
La reina está en su Reino.
Hay un agradable olor a almizcle.
Una mezcla de vainilla y fruta.
Dejo la mochila en el suelo.
Digo *Salam aleikum* cariño.
Me mira de arriba abajo, contesta a mi *Salam* sin una palabra tierna.
Aleikum salam, Fatima.

Mi madre lleva una chilaba de algodón, verde, con motivos florales y un chaleco de lana. En sus pies las mismas pantuflas rosas que mi hermana Dunia le regaló hace tres años.
El kohl negro perfila sus ojos marrones.
Ha vuelto a darse jena en el pelo.
Encuentro a mi madre cada vez más guapa.
Como de costumbre, le doy un beso en la frente.
Hace dos semanas que no le he dado noticias mías.

Ella no ha intentado llamarme.
No me ha escrito.
Pero puedo sentir su preocupación.

Le pregunto cómo está. Contesta *alhamdulillah*.
No me devuelve la pregunta. Finjo que sí lo ha hecho.
—Yo también estoy bien, pero estoy muerta. Ayer tuve insomnio. Y anteayer también.
Mi madre solo contesta *Takhmem* que significa «cavilar».
Le lanzo una sonrisa de complicidad.
—*Uesh kein?*
Cuando mi madre pregunta *Uesh kein* —¿Qué pasa?— es una manera de decir: «¿Qué hay de nuevo?».
Y cuando ella hace esa pregunta, solo pienso en una cosa.
Tengo ganas de contarle lo que aún no sabe.
Pero en lugar de eso digo «Bah, nada, ¿y tú?», con el mismo aire estúpido, pasota, que he conservado desde la adolescencia.

Mi madre saca unas madalenas del horno, las pone en la encimera con dos vasos de té. Dice que las ha hecho esa mañana, después de la oración, porque no conseguía dormirse.
Soy digna hija de mi madre.
Takhmem. Cavilar.

Me digo entonces que no hay ninguna relación entre las madalenas y mi cumpleaños.

Mi madre replica:
—¡Prueba!
En el interior de la madalena hay una pequeña bola de chocolate blanco.

Cruje cuando hinco los dientes.

El olor a madalenas sustituye el del almizcle afrutado.

Mi madre propone por primera vez enseñarme a hacer madalenas.

Para que se las haga a mi novio.

—*Gagh nass theb lmadlen*! ¡A todo el mundo le gustan las madalenas!

Estoy tan convencida como ella de que a todo el mundo le gustan las madalenas, sobre todo las de mi madre, pero no se lo digo.

Prefiero preguntarle ingenuamente:

—Y si amamos a alguien que no nos ama, ¿le hacemos madalenas a pesar de todo?

—No amamos a las personas porque nos aman.

Las amamos, eso es todo.

Y cuando dice eso, tan eficazmente en una sola frase, me digo que es el momento de contestar a su pregunta *Uesh kein?*, ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué pasa?

No hay nadie en la casa. Estoy sola con ella, en su Reino.

Mi madre me pregunta si quiero más té.

Ya no estoy ahí, estoy formulándome cosas en mi cabeza procurando que mi lengua dé siete vueltas en mi boca.

No contesto.

Mi madre me sirve otro vaso de té.

Ella también repite.

Pregunto:

—¿A él no le dejamos?

Ella dice que no merece la pena.

Él, es su marido.

Mi padre.

Ahmed Daas.

Mi madre me había enseñado a pensar en los ausentes, aunque no estuviéramos seguras de que iban a volver.

Mi madre me habla de un reportaje que ha visto en la tele, sobre las condiciones de trabajo de los enfermeros en los hospitales.

—*Kent haba nweli firmiya bessah khuya ma khalanich*. «Quería ser enfermera pero mi hermano me lo prohibió».

Digo muy emocionada a mi madre que no es demasiado tarde.

—*Dorka, ntuma lazem deru haja kbira bach nkun mheniya*. «Hoy os toca a vosotras hacer grandes cosas, así yo me quedaré en paz».

Había dicho *mheniya*, apaciguada, descargada, aliviada, consolada.

Habría preferido que dijera «orgullosa».

Pero, a fin de cuentas, quizá sea mejor sentirse apaciguada que orgullosa.

—Tendría que contarte mi novela, pero déjalo, ahora no.

Digo eso con el mismo tono indiferente.

—*Gulili dorka, waghlach tseney?* Háblame ahora, ¿por qué esperar?

He heredado la impaciencia de mi madre.

Yo había esperado veintiocho años. Ella tenía razón. ¿Por qué esperar más?

Cuenta la historia de una chica que no es una chica de verdad, que no es ni argelina ni francesa. Ni de Clichy ni de París, una musulmana, creo, una lesbiana con una homofobia integrada. ¿Qué más?

Lo pienso intensamente.

Suena falso.

No suelto nada.

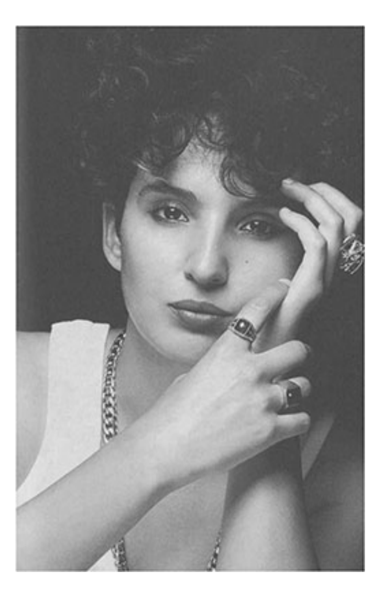
Digo a mi madre que se la daré para que la lea.

No insiste más. Abre un armario, creo que va a proponerme un trozo de tarta. Sé que me marcharé con dos kilos más.

Pero en lugar de eso, mi reina saca del armario una libreta donde está escrito en grande: *Present for you*.

—Feliz cumpleaños, *benti*.

Hija mía.



FATIMA DAAS nació en 1995 en Saint-Germain-en-Laye (Francia). Sus padres, originarios de Argelia, se afincaron en Clichy-sous-Bois. Ella creció en esa pequeña ciudad del departamento de Seine-Saint-Denis, en las afueras de París, rodeada de una familia numerosa. En el colegio se rebela, reivindica el derecho a expresar sus ideas y escribe sus primeros textos. En el instituto participa en los talleres de escritura conducidos por Tanguy Viel. Animada por el escritor y su profesora de francés, se matricula en el máster de Creación Literaria de la Universidad de París 8. Se define como feminista interseccional. «*La hija pequeña*», publicada en Francia en 2020, es su primera novela.